

BIBLIOGRAFÍA

JEAN-PIERRE MOHEN (dir.), *Le Temps de la Préhistoire*. Dijon, Société Préhistorique Française y Édition Archéologia, 1989, t. I, 520 págs.; t. II, 262 págs., ambos con numerosas figuras (30 × 22).

Esta obra, publicada en ocasión del XXIII^o Congrès Préhistorique de France y dirigida por J.-P. Mohen, presidente de la Société Préhistorique Française, de dicho Congreso y director del Musée des Antiquités Nationales (Saint-Germain-en-Laye), constituye un amplio balance de los logros de la ciencia prehistórica y protohistórica principalmente europea y desde la perspectiva de una de sus principales patrias de origen. Ciento setenta autores —158 franceses y 12 de otras nacionalidades— sintetizan sus saberes para trazar un amplio cuadro de lo que podríamos llamar «la Prehistoria hoy».

En 1976, con motivo del IX Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas celebrado en Niza, se publicaron los tres tomos de *La Préhistoire Française*, dirigidos por Henry de Lumley y Jean Guilaine (Paris, CNRS, 1976). Más recientemente, con mucho menos detalle, pero con una perspectiva arqueológica e histórica mucho más amplia, bajo la dirección de Christian Goudineau y Jean Guilaine, ha visto la luz el volumen titulado *De Lascaux au Grand Louvre* (Paris, Éditions Errance, 1989; cf. su recensión por E. Ripoll Perelló en *ETF*, serie I, Prehistoria y Arqueología, t. 2, 1989, págs. 473-475). Ahora se les suma *Le Temps de la Préhistoire*, con lo que, gracias a los colegas franceses, todos los interesados por la arqueología más antigua cuentan ahora con el *corpus* que constituyen las obras indicadas que son en conjunto unas magníficas bases de conocimiento y de síntesis.

Le Temps de la Préhistoire ha sido concebida en una doble perspectiva programática que es anunciada así: «Una síntesis de las conquistas objetivas de la Prehistoria obtenida por los avances del pensamiento científico, la puesta a punto de los métodos de prospección y de datación y el encadenamiento de los descubrimientos que ha llegado a la fijación de una cronología constantemente precisada; y una reflexión paralela en la que, bajo la mirada objetiva del tiempo, se aborda la percepción del mismo desde los orígenes y su influencia en el pensamiento humanista moderno». Sin que ello sea en absoluto una consideración peyorativa, hay que decir de entrada que un tal enfoque se hace desde una visión francesa, aunque se la complete con varios textos referidos a la Prehistoria del resto de Europa.

El primer tomo, después de una introducción general de J.-P. Mohen, contiene textos referentes al descubrimiento de la noción de tiempo pre-

histórico, a los modernos métodos y técnicas de la cronología y a la secuencia de las etapas del devenir del hombre en sus edades más antiguas. Creemos que será interesante para el lector español el dar idea del contenido de tan importante recopilación. Para ello daremos a continuación la lista de autores y la traducción de los títulos de sus correspondientes contribuciones (los números entre paréntesis indican la paginación).

Una primera parte historiográfica, en el tomo primero, comprende los siguientes estudios: F. Poplin, «La edad del hombre y de la tierra en los tiempos de los enciclopedistas y de Buffon» (4-7); N. Richard, «Los tiempos catastróficos de Boucher de Perthes» y «El tiempo transformista de Gabriel de Mortillet» (8-11); J. Piveteau, «Reflexiones sobre la hominización, los orígenes humanos» (12-13); J.-J. Cleyet-Merle, «Boucher de Perthes» (14-15); B. y G. Delluc, «La edad del reno, del mamut..., de Lartet y Christy» (16-17); H. Delporte, «La cronología del arte según Piette» y «La batalla auriñaciense» (18-21); J.-Ph. Rigaud, «El Paleolítico superior de Henri Breuil» (22-23), y J. Briard, «De las "tres edades" de C.-J. Thomsen a la cronología de J. Déchelette» (24-25).

Siguen a continuación los artículos referidos a los sistemas actuales de datación y cronología: B. Chertier, «Los esquemas cronológicos establecidos por Paul Reinecke» (26-27); L. Meignen, «La evolución ramificada de las industrias según François Bordes» (28-29); M. Livache, «La tipología analítica, una dialéctica» (30); D. Vialou, «Cronología de los estilos del arte paleolítico según André Leroi-Gourhan» (31-35); J.-. Demoule, «Las edades del Neolítico francés» (36-38); B. Chertier, «La cronología según Müller-Karpe» (40-41), y J.-J. Hatt, «La cronología tripartita aplicada a la Protohistoria» (42-45).

Los problemas de la noción del tiempo son enfocados en los siguientes trabajos: F. d'Errico y A. Thévenin, «La noción de tiempo en el Paleolítico y los problemas de los calendarios lunares» (46-47); J.-P. Mohen, «La revolución del radiocarbono» (48-49); P.-R. Giot, «El "tiempo astral" de los megalitos» (50-53), y A. Caubet y J. Ritter, «El tiempo en el antiguo Oriente» (54-59).

A lo que se convenido en llamar paralelos etnográficos, o sea a la Prehistoria actual o subactual, se refieren dos artículos: M. Lorblanchet, «Arte prehistórico y arte etnográfico» (60-63), y P. Pétrequin, «Etno-arqueología» (64-67). De ellos se pasa a las identidades culturales y al documento: G. Gaucher, «Culturas y cronología» (68-70); N. Coye, «La invención del documento arqueológico» (71-73); F. Djindjian, «La clasificación de los vestigios materiales» y «La estructuración de los conjuntos industriales» (74-79); A. Gallay, «Lugar y función del tiempo en las construcciones arqueológicas» (80-83); M. Orliac, «El hiatus» (84-87), y J.-P. Mohen, «La teoría de la catástrofe, hoy» (88-91).

Otra parte del primer tomo, que viene a constituir un verdadero tratado, está dedicada a los métodos de cronología, datación y excavación. Comprende los siguientes estudios: Y. Taborin, «Del tiempo largo al tiempo corto» (94-95); N. Pigeot, «La microestratigrafía de los suelos de habitat» (96-97); F. Lévêque, «La excavación en cueva y abrigo» (98-101); J. Lecornec, «Un cairn compuesto, el Petit Mont de Arzon» (102-105); B. Pajot, «La tradición de los túmulos del Quercy» (106-108); J.-P. Pautreau, «Perennidad de un santuario, la Croix-Verte en Antran» (109-111); E. Bonifay, «Las playas fósiles de las regiones del Mediterráneo francés» (112-113); B. Hallégouët y J.-L. Monnier, «Formaciones litorales pleistocenas de Bretaña» (114-115); J. Sommé, «La estratigrafía de los loess» (116-118); H. Laville, «Estratigrafía en cuevas y bajo abrigos» (119-122); M. Magny, «Los depósitos lacustres holocenos» (123-125); E. Bonifay, «Climato-estratigrafía alpina y Prehistoria» (126-127); J.-P. Raynal y S. Sanzelle, «Prehistoria en terreno volcánico activo, ejemplo de la baja Auvernia» (128-129); J. Wattez, «La micromorfología» (130-131); M. Orliac, «La estratigrafía de las arenas de Pincevent» (132-133); A. Clot, «Los restos de animales atrapados naturalmente en las cavidades cársticas» (134-135); J.-Cl. Marquet, «Roedores y cronología prehistóricos» (136-139); A.-M. Moigne, «Tafonomía de los yacimientos prehistóricos» (140-141); Ch. Leroyer, «La Palinología aplicada a los sedimentos arqueológicos de medios secos» (142-146); G. Firmin, «La Palinología en medio húmedo» (147-150); Ph. Walter y D. Marguerie, «Palinología y Matemáticas, evolución de la paleoflora» (151-154); J. Renault-Miskovsky, «Arqueo-palinología aplicada al Paleolítico y al Neolítico» (155-157); Ph. Marinval, «La Carpología» (158-159); S. Thiébault, «La Antracología» (160-162); M. Lenoir, «La tipología del Paleolítico superior» (163-164); J. Hinout, «El Mesolítico en la Europa del noroeste» (165-167); J.-G. Rozoy, «Los utensilios de los arqueros» (168-169); C. Louboutin, «Tipología y Neolítico» (170-173); J. Briard, «Tipología de la Edad del Bronce» (174-177); A. Duval, «Los sistemas cronológicos de la Edad del Hierro en la Galia templada» (178-180); B. y G. Delluc, «Grabados y esculturas paleolíticos parietales, tecnología y cronología» (181-183); M. Lorblanchet, «Datación de las pinturas parietales paleolíticas» (184-187); J. Pelegrin, «La tecnología lítica» (188-189); H. Camps-Fabrer, «La industria ósea prehistórica y la cronología» (190-193); G.-B. Arnal, «Impacto cronológico de la cerámica» (194-195); Ch. Eluère, «La eternidad del oro» (196-199); H. Masurel, «La técnica del tejido» (200-202); U. Yokoyama, «Método uranio-torio y dataciones radioactivas» (203-205); B. Saint Martin, «La datación por los ácidos aminicos» (206-207); G. Delibrias, «Datación por el Carbono 14» (208-210); H. Valladas, M. Arnold y P. Maurice, «La datación Carbono 14 en espectrometría de masa por

acelerador» (211-212); J. Evin, «Tiempo Carbono 14 y tiempo real por la corrección dendrocronológica de la fechas Carbono 14» (213-217); G. Lambert y C. Lavier, «Dendrocronología y Prehistoria» (218-219); A. Billamboz, «Arqueología de la madera y análisis de los anillos» (220-225); G. Valladas y H. Valladas, «La termoluminiscencia y sus aplicaciones» (226-228); L. Langouet, «El arqueomagnetismo» (229-230); B. Bouloumié, «Importaciones históricas» (231-233); K. Gruel, «Numismática y Arqueología en Prehistoria» (234-235), y Ch. Goudineau, «La aparición de la escritura en la Galia» (236-238).

Otro apartado del tomo primero, titulado «Los milenios de la Prehistoria», está ordenado cronológicamente. En él se incluyen: J. Chavaillon, «Una muy larga historia, el Achelense» (240-242); A. Tuffreau, «El Paleolítico inferior de la Francia septentrional» y «El Paleolítico medio de la Francia septentrional» (243-247); E. Bonifay, «El Paleolítico antiguo en el centro de Francia» (248-249); J.-L. Monnier, «El Paleolítico inferior y medio en Bretaña» (250-251); J.-P. Raynal, «El Paleolítico medio de Auvernia y Velay» (252-253); A. Debenath, «El Paleolítico antiguo y medio en Aquitania» (254); J. Jaubert, «El Paleolítico antiguo y medio de Midi-Pyrénées» (255-257); J. Kozłowski, «Auriñaciense-Perigordense en la Europa central y oriental» (258-259); M. Otte, «Las llanuras del noroeste europeo» (260-263); F. Lévêque, «Los comienzos del Paleolítico superior en Poitou-Charentes» (264-268); J.-Ph. Rigaud, «El Paleolítico superior antiguo en Aquitania» (269-273); J. Combier, «Auriñaciense y Perigordense en el Este de Francia» (274-275); F. Bazile, «Auriñaciense y Perigordense en el Sudeste de Francia» (276-277); J. Hahn, «Auriñaciense y Gravetiense en Alemania del sur y en Suiza» (278-279); B. Schmider, «Perigordense y Solutrense en el centro y el sudeste de la cuenca parisina» (280-282); A. Chollet, «Gravetiense y Solutrense en la cuenca del Loira» (283-285); J. Combier, «Gravetiense y Solutrense en el valle del Ródano» (286-289); D. Buisson y H. Delporte, «Perigordense superior y Solutrense en los Pirineos franceses» (290-293); F. Champagne, «El Proto-magdalenense» (294-295); A. Chollet, «El Magdaleniense cero» (296-297); R. M. Jacobi, «Las investigaciones de Gran Bretaña» (298-300); J. Kozłowski, «El Magdaleniense en la Europa central y oriental» (301-303); J.-P. Fagnart, «El Paleolítico final en el norte de Francia» (304-306); B. Schmider, «El Magdaleniense en el centro de la cuenca parisina» (307-309); J.-L. Monnier, «El Paleolítico superior en Bretaña» (310-311); S. David y A. Thévenin, «El final del Paleolítico superior en el este de Francia» (312-314); D. Sacchi, «Los tiempos magdalenenses en los Pirineos septentrionales» (315-317); F. Bazile, «El Magdaleniense en el sudeste de Francia» (318-319); P. Vialet, «El Magdaleniense en las cuencas del Allier y del Loira» (320-322); M. Lenoir, «El Magdaleniense

de la Aquitania occidental» (323-325); M. Otte, «El noroeste europeo» (326-327); E. Ripoll Perelló y S. Ripoll López, «El arte paleolítico en la Península Ibérica» (328-331); T. Galinski, «El Mesolítico del norte de Europa» (332-334); R. Schild, «El Paleolítico final de la llanura norte-europea» (335-337); J. Hinout, «Epipaleolítico de la cuenca parisina» y «Cuadro cronológico del Epipaleolítico y del Mesolítico del noroeste de Europa (cuenca parisina)» (338-341); J.-G. Rozoy, «La sociedad de los arqueros, evolución y regionalización» (342-343); J. Tarrête, «El Montmorenciense» (344-345); J. Hinout, «Tardenoisense y facies de Mauregny en la cuenca parisiense» y «El Sauveterriense al sur del Sena» (346-349); O. Kayser, «El Epipaleolítico y el Mesolítico en Bretaña» (350-352); G. Aimé y A. Thèvenin, «Epipaleolítico y Mesolítico del este de Francia y regiones vecinas» (353-355); P. Binitz, «Mesolítico y Epipaleolítico de los Alpes del norte, del Jura meridional y su piedemonte» y «Paso de los predadores a los productores en los Alpes y regiones vecinas» (356-361); J. Roussot-Larroque, «Magdalenense final y Mesolítico en el sudoeste de Francia» (362-364); G. Onoradini, «Epipaleolítico y Mesolítico en el midi de Francia» (365-370); Cl. Constantin, «Neolítico antiguo y medio en el norte de Francia» (371-373); G. Verron, «El Neolítico en Normandía» (374-377); J. L'Helgouach, «El Neolítico antiguo y medio en Armórica» (378-379); P. Pétrequin, «El Neolítico antiguo y medio en el este de Francia» (380-382); R. Joussaume, «Neolítico antiguo y medio del Centro-oeste» (383-385); J.-P. Dugas, «El Neolítico antiguo y medio en el macizo central» (386-387); J. Roussot-Larroque, «El Neolítico antiguo y medio en el Sudoeste» (388-389); J. Vaquer, «El Neolítico antiguo y medio en el midi de Francia» (390-393); J. Roussot-Larroque, «El Neolítico final en el sudoeste de Francia» (394-395); J.-Cl. Blanchet, «Neolítico final y Calcolítico en la cuenca parisina y en el norte de Francia» (396-399); J. L'Helgouach, «El Neolítico final en Bretaña, Loire-Atlantique, Maine-et-Loira» (400-401); P. Pétrequin, «El Neolítico final en el este de Francia» (402-403); J. Roussot-Larroque y Cl. Burnez, «El Neolítico final en el centro-oeste de Francia» (404-405); X. Guthertz y A. D'Anna, «El Neolítico final en el midi de Francia» (406-408); F. Treinen-Claustre, «La evolución de los campaniformes» (409-412); J.-Cl. Blanchet, «La Edad del Bronce en la cuenca parisina y el norte de Francia» (413-415); G. Verron, «La Edad del Bronce en Normandía» (416-419); J. Briard, «La Edad del Bronce en Bretaña» (420-421); Cl. Mordant, «La Edad del Bronce en Borgoña y en Champaña» (422-424); J.-F. Piningre, «La Edad del Bronce en el este de Francia» (425-427); A. Bocquet y J. Vital, «La Edad del Bronce en los Alpes occidentales» (428-430); J. Gómez, «La Edad del Bronce en el centro-oeste» (431-433); A. Coffyn, «La Edad del Bronce en el suroeste» (434-435); J.-L. Roudil, «La Edad del Bronce en

el Languedoc oriental» (436-437); J. Gasco, «La Edad del Bronce en el Languedoc occidental» (438-439); P. Brun, «La Primera Edad del Hierro al norte de la cuenca parisina» (440-441); J.-P. Pautreau, «La Primera Edad del Hierro en el centro-oeste de Francia» (442-445); P.-R. Giot, «La Primera Edad del Hierro en la Bretaña armoricana» (446-447); D. Roux, «La Primera Edad del Hierro aquitana, elementos de cronología» (448-451); A. Bocquet, «La Primera Edad del Hierro en los Alpes del norte» (452-455); B. Dedet, «La primera Edad del Hierro en el Languedoc mediterráneo» (456-458); P. Arcelin, «La Primera Edad del Hierro en Provenza» (459-461); P.-R. Giot, «La Segunda Edad del Hierro en Bretaña» (462-463); P. Roualet, «La Segunda Edad del Hierro en Bretaña» (464-465); J.-P. Guillaumet, «La civilización de La Tène en el centro-este» (466-467); J.-P. Legendre y M. Leroy, «La cronología del mobiliario de la Segunda Edad del Hierro en Alsacia y Lorena» (468-469); R. Boudet, «La Segunda Edad del Hierro en el sudoeste de Francia» (470-473); B. Dedet, «La Segunda Edad del Hierro en el Languedoc mediterráneo» (474-476), y P. Arcelin, «La Segunda Edad del Hierro en Provenza» (477-479).

El tomo segundo incluye estudios de síntesis sobre grandes temas de la Prehistoria: el origen y evolución del hombre, la ecología postglaciar, la aparición del fuego, la organización del habitat y el paso a una economía de producción. En la primera parte, que trata de los orígenes hasta el *Homo sapiens sapiens*, se presentan los siguientes trabajos: Y. Coppens, «Homínidos, homínidos y hombres» (2-21); A.-M. Tillier y B. Vandermeersch, «La cuestión neandertalense en Francia» (22-25); J.-J. Hublin, «Los primeros *Homo sapiens*» (26-29), y Cl. Masset, «La demografía prehistórica» (30-32). La ecología postglaciar es examinada en los siguientes artículos: J.-M. Bouvier, «De los astros a los climas de los prehistóricos» (34-35); G. Bosinski, «Volcanes y Prehistoria» (36-39); G. Camps, «La Córcega de los orígenes» (40-43); M.-F. Bonifay, «Los últimos mamuts» (44-47); F. Delpech, «Los tiempos del antílope saiga» y «La evolución del reno» (48-51); A. Pike Tay y R. White, «El tiempo estacional en el Paleolítico superior» (52-53); Arl. Leroi-Gouran, «Faunas y floras» (54-59), y J. Renault-Miskovsky y A.-M. Moigne, «La respuesta de las faunas y de las floras a las variaciones climáticas» (60-64).

En el mismo segundo tomo se examinan las cuestiones referentes al paso hacia la economía de producción. Contiene los siguientes estudios: M. Patou, «La caza en el Paleolítico» (66-68); J.-J. Cleyet-Merle, «La pesca prehistórica» (69-71); J.-G. Rozoy, «El arco y la flecha» (72-73); R.-M. Arbogast, «El papel del perro en el Neolítico» (74-75); D. Helmer, P. Meniel y J.-D. Vigne, «El consumo de carne del Mesolítico a la Edad

del Hierro» (76-79); H. Masurel, «La cría del carnero» (80-81); Ph. Marinval, «Llegada de las primeras plantas cultivadas en Europa occidental» (82-85); J.-P. Dugas y J.-P. Raynal, «El paso al Neolítico en el macizo central» (86-89); J.-P. Demoule, «Los comienzos de la agricultura y la ganadería en el este y en la cuenca parisina» (90-93); J. L'Helgouach, «Agricultura y ganadería en el Neolítico en el oeste de Francia» (94-96); J.-R. Mohen y Ch. Eluère, «Los primeros metales y sociedades» (97-99); M. Egloff, «La rueda en Europa del Neolítico y la Edad del Hierro» (100-101), y C. Perlès «Las primeras navegaciones» (102-104).

Otra sección del tomo segundo es la dedicada al tema de la aparición del fuego y del habitat. En él se incluyen: E. Bonifay, «Las primeras industrias prehistóricas en Europa» (106-109); C. Perlès, «La aparición del fuego» (110-112); M. Julien, «Campamentos magdalenienses en la cuenca parisina» (113-117); X. Guthertz, «La evolución de la aldea en el Neolítico del midi de Francia» (118-123); A. Coudart, «Las primeras casas del este y de la cuenca parisina y su evolución» (124-128); D. Mordant, «Los recintos neolíticos» (129-133); J.-P. Nicolardot, «El habitat fortificado protohistórico» (134-139); F. Audouze, «La casa protohistórica» (140-143); B. Arnold, «Cortailod-Est, aldea del Bronce final» (144-147), y O. Buchsenschutz, «Oppidum» (148-150).

Otro apartado se reúne bajo el epígrafe de interrogaciones sobre el arte, con este contenido: H. Delporte, «El hombre y su imagen» (152-156); H. Delporte y G. Pinçon, «El arte mueble» (157-160); C. Fritz y G. Pinçon, «El arte mueble paleolítico, valor de instantes, de la creación a la destrucción» (161-163); Y. Taborin, «El adorno paleolítico» (164-167); J. Clottes, «El arte mueble y parietal de los Pirineos» (168-171); G. Bosinski, «El arte del nordeste» (172-175); B. y G. Delluc, «El montaje del mensaje de Lascaux» (176-179); D. Vialou, «El arte parietal magdaleniense» (180-183); J. Hinout, «El arte esquemático de los abrigos de la cuenca parisina» (184-187), y R. Chenorkian, «Arte rupestre de las edades de los metales» (188-192).

Para finalizar el segundo tomo se han reunido una serie de estudios relacionados con «el campo inaccesible de la muerte» que son: J. L'Helgouach, «El megalitismo bretón» (194-199); R. Joussaume, «El megalitismo del centro-oeste de Francia» (200-203); J. Clottes, «El megalitismo de las Causses» (204-207); J. Roche, «Las sepulturas de los amontonamientos conchíferos atlánticos» (208-209); J.-F. Piningre, «Los túmulos de la Foret de Haguenau» (210-213); J. Briard, «Los túmulos de Armórica» (214-219); A. d'Anna y X. Guthertz, «Las estelas y estatuas-menhires neolíticos del midi de Francia» (220-224); H. Barge-Mahieu, «Los adornos del Neolítico final y del Calcolítico en el midi de Francia»

(225-227); B. Vandermeersch, «Las sepulturas neardertalenses» (228-231); J. Leclerc y Cl. Masset, «Las sepulturas colectivas de la cuenca parisina» (232-235); Cl. Mordant, «Los ritos funerarios del Bronce final» (236-239); J.-P. Millote y D. Vuailat, «Los pueblos montados de la Edad del Hierro» (240-245); A. Duval, «Las tumbas principescas de la Edad del Hierro» (246-251); P. Méniel, «Los sacrificios de animales en el norte de Francia» (252-253), y J. L'Helgouach, «La música prehistórica» (254-256).

El lector se sorprenderá por la variedad de temas tratados y también comprenderá los titubeos en su ordenación. En este sentido queremos señalar que la bibliografía, esencialmente francesa y siguiendo un orden temático que no es el de los artículos, se presenta al final del tomo primero, lo que impide o dificulta el conocer las bases escritas en que cada autor se haya podido basar. Pero no por lo dicho se piense que nuestro parecer es negativo al enjuiciar esta obra. Creemos que algunos defectos inevitables a la hora de reunir y ordenar tantos y tan diversos trabajos, no puede restar valor a la cantidad de información transmitida en lenguaje conciso y claro, muchas veces concretada en cuadros y tablas y generalmente ilustrada con bellos dibujos y fotografías de gran valor documental. Nuestros investigadores y enseñantes encontrarán para cada caso en *Le Temps de la Préhistoire* el estado de la cuestión de la casi totalidad de los temas que en el presente momento constituyen la punta de lanza de la investigación prehistórica y protohistórica. Por todo ello nuestra felicitación a los responsables de la edición de estos dos densos tomos, en particular a la veterana Société Préhistorique Française que tanto ha hecho y hace por la ciencia que estudia el más remoto pasado humano.

GISELA RIPOLL LÓPEZ

JUAN SCHOBINGER: *Prehistoria de Sudamérica. Culturas precerámicas*. Alianza América, Monografías (AA. 15). Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1988, 490 págs., 114 figuras y cuadros.

Han transcurrido casi veinte años de la edición de «Prehistoria de Sudamérica», de Juan Schobinger, publicada por Editorial Labor, Sociedad Anónima, en ese entonces.

Ahora, el mismo autor, brinda esta versión actualizada de la obra que, desde el comienzo, me parece un nuevo libro. No sólo se ha pasado de las aproximadamente 300 páginas iniciales a casi 500, sino que la bibliografía sobrepasa con creces la primigenia, superando los 800 títulos. Esto último dice ya de un gran esfuerzo de síntesis, a la vez que indica la ampliación sustancial de los estudios prehistóricos sudamericanos.

Vale lo de síntesis, pues Schobinger logra reunir una amplia y dispersa documentación, no siempre accesible en provincias, máxime cuando su dispersión está en relación con la especificidad de buena parte de estos estudios y la proliferación de publicaciones *ad hoc*. De ahí que el esfuerzo sea importante y que el resultado constituya una obra de consulta sobre el estado actual de los conocimientos del proceso cultural prehistórico de aquellas sociedades sudamericanas cuya tecnología no incluyó la alfarería.

Nos situamos así en un lapso cuyos remotos orígenes hoy nos sorprenden, que comienza con el más antiguo poblamiento americano —norte, centro y sudamericano, habida cuenta de la concepción del ingreso humano por Beringia y de su difusión continental— y finaliza, en Sudamérica y según las regiones, entre aproximadamente el 3500 a.C. y el advenimiento de la era —e, incluso, en algunas regiones como la patagónica, prácticamente con la llegada de los conquistadores extra-americanos—, con las culturas indígenas del «formativo» —según otra terminología, «neolítico pleno»— que han estabilizado un modo de vida basado en la producción de alimentos (agricultura, domesticación de animales, etc.), el sedentarismo (se registra arquitectura ceremonial y se infiere mayor complejidad en la organización social) y la tecnología cerámica (entre otras de complejidad creciente).

El libro se estructura en los mismos siete capítulos de la edición original —salvo variaciones en los títulos—, que no por ello dejan de reflejar ahora el notorio avance de las investigaciones, llevando al replanteamiento de antiguas posturas según nuevas y más ajustadas perspectivas teórico-metodológicas. En este sentido prima el énfasis en rescatar casi todo, percibiéndose cierto eclecticismo que pierde, a mi juicio, la oportunidad de la discusión en torno de los fundamentos teóricos, que el autor señala (pág. 33, etc.) y no desarrolla.

Luego de una pormenorizada explicitación, que desea sencilla y didáctica, referida a «cuestiones terminológicas y clasificatorias», de por sí complejas aún para los iniciados, nos ofrece un capítulo 2 («Bosquejo paleogeográfico») que ha ganado en veinte años de continuo progreso en el conocimiento paleoambiental —ecosistemas pretéritos—, ilustrado

por variados aportes disciplinarios (avances de la Geología, Geomorfología, Glaciología, Palinología, Paleontología, etc.), incluyendo la cuasi sofisticación de las inferencias climáticas según el estudio del hielo antártico y las técnicas de datación isotópica concomitantes. Parte de estos estudios reciben hoy particular atención en nuestra región (Cricyt, Mendoza, etc.) por lo que, en buena medida, los datos están disponibles en el medio y es posible el intercambio interdisciplinario inmediato, como el mismo autor señala (pág. 73).

El capítulo 3 no ofrece mayores modificaciones, salvo que la consideración de «Florentino Ameghino como pionero de la ciencia prehistórica sudamericana», tema tratado allí, cobra nueva dimensión en base a los descubrimientos de los últimos años sobre la más antigua presencia humana en América. En efecto, el capítulo 4 suma a la discusión teórica y terminológica del «Protolítico americano» —sudamericano en especial; equivalente en términos de las grandes fases culturales al Paleolítico Inferior y Medio del Viejo Mundo—, la enumeración y descripción somera de esas industrias más tempranas, pleistocénicas y del Holoceno inicial —hasta c. 7000 a.C.—. Éstas son características de grupos cuya economía se basaba en la recolección y la caza, poco especializados, anteriores o en parte contemporáneos de los cazadores con mayor especialización, considerados, según los autores, del «Paleolítico Superior Americano», del «Paleoindio», como «cazadores superiores del Paleolítico», etc.

En América el nivel cultural protolítico «puro» se habría desarrollado hasta unos 13.000 años a.C. —Norteamérica— o 12.000 a.C. —Sudamérica— (tiempos finales del Pleistoceno), época en que se registran las primeras industrias tecnológicamente intermedias —líticas y óseas—, que preceden a las caracterizadas por las puntas de proyectil y una mayor incidencia de la laminaridad en sus artefactos líticos.

Los yacimientos arqueológicos con niveles protolíticos son hoy bastante numerosos y antiguos. Old Crow en la alta cuenca del río Yukon —Canadá— con sus instrumentos óseos —huesos de mamut o de otros animales extinguidos— y sobre guijarros, o El Bosque en el noroeste de Nicaragua —artefactos líticos asociados con restos faunísticos en un yacimiento fosilífero— demuestran, entre otros sitios norte y centroamericanos, la presencia humana anterior a unos 23.000 años a.C. (incluso muy anterior, según fechados no radiocarbónicos, de otros niveles más antiguos de algunos de esos sitios, que remontarían las primeras ocupaciones más allá de los 70.000 años a.C., es decir, antes del último gran ciclo glaciario —Wisconsin, en Norteamérica—).

Por su parte, en Sudamérica se localizaron varios yacimientos cuyos niveles protolíticos son tanto o más antiguos que aquéllos. Baste recordar aquí las recientes investigaciones en el NE y el E de Brasil que registraron vestigios como fogones delimitados por bloques de piedra, guijarros tallados, lascas, raederas, raspadores, etc., en varios niveles de sitios como Pedra Furada —Estado de Piauí— que reflejan ocupaciones humanas desde por lo menos unos 30.000 años a.C. — fechados radiocarbónicos; «nivel XX»: c. 30.200 a.C. O, el caso de Toca dos Buzios y Toca de Manoel Latão —toca = cueva—, Estado de Bahía, que albergan niveles con fauna pleistocénica e industria de lascas y artefactos de hueso, considerados de unos 30.000 a 12.000 años a.C. y revalorizados después —Schobinger alcanza a agregar el dato en nota de pie de página— por la datación del nivel inferior de Toca da Esperanza —cerca de las anteriores— cuya fauna fósil —Hippidion, Palaeolama, Scelidotherium, etc.— y artefactos líticos —guijarros tallados, lascas, etc., en cuarzo y en cuarcita, extraños a los alrededores de la cueva— se remontarían a unos 300.000 años de antigüedad. (Una reciente publicación —H. de Lumley *et alii.*, 1988— confirma ese adelanto y explicita detalles del hallazgo, incluyendo la estratigrafía del yacimiento y las cuatro dataciones —dos sobre la misma muestra— logradas en laboratorios de Francia y de EE.UU. por el método «Uranio-Torio», espectrometría alfa o gama. Los fechados sobre tres restos óseos colocan el nivel correspondiente —«couche IV»— entre los 204.000 y 295.000 años de antigüedad —Pleistoceno medio—. El hallazgo apuntala los otros de alta antigüedad y permite sumar evidencias en el replanteamiento del más antiguo poblamiento, que incluye consideraciones paleoantropológicas orientadas hacia la presencia de *Homo erectus* en América.)

Podríamos seguir con los sitios sudamericanos de temprana presencia humana, detallados por Schobinger, pero sólo mencionaremos, de paso, los de la región de Ayacucho —Sierra sur del Perú; ocupación más temprana próxima a los 20.000 años a.C.—, para continuar la enumeración con Queredo —próximo a la localidad homónima, al Sur de Los Vilos, en la costa chilena—, cuyo nivel más antiguo, de unos 20.000 años a.C., albergaba artefactos líticos y óseos asociados con restos paleontológicos —mastodonte, caballo americano, etc.—; con Monte Verde —ubicado unos kilómetros al oeste de Puerto Montt, en Chile—, cuya primera ocupación se remontaría a aproximadamente 31.400 años a.C. para continuar, la siguiente, hacia el 11.200 a.C. (ésta refleja la coexistencia del hombre con mastodontes y paleolamas, habiéndose registrado, en relación con la misma, los vestigios de una «proto-aldea» de viviendas, en su mayor parte de planta rectangular, hechas de madera y revestidas de cueros, y numerosos restos de vegetales, utensilios variados, etc.), y con

la «Cueva núm. 3» de Los Toldos —norte de la provincia de Santa Cruz— de cuyo «Nivel XI», inicial en la ocupación del lugar, se extrajeron un conjunto de lascas, raederas, raspadores, etc., junto con huesos de guanaco producto de la alimentación humana, que fueron datados hacia el 10.650 a.C., constituyéndose en el más antiguo registro —seguro— del hombre temprano en Argentina.

El capítulo 5 del libro se dedica ya a los grupos de «cazadores superiores paleolíticos y epipaleolíticos» cuyos testimonios arqueológicos se han registrado en numerosos yacimientos sudamericanos, cada vez mejor excavados, estudiados y cronologizados, por lo que las concepciones sobre estas «industrias» y/o «culturas» («Toldense», etc.), o bien «horizontes» (de puntas «cola de pescado», «foliáceas», etc.), han ganado en precisión, enriqueciéndose la comprensión de algunos aspectos muy importantes (arte rupestre de los cazadores patagónicos), mientras que anteriores paradigmas han visto debilitar sus bases («industrias de bifaces», etc.). Varios de los avances se deben al mejoramiento de las técnicas de excavación y de los estudios tecno-tipológicos, y también al mejor acceso a la datación absoluta; sin embargo, buena parte del progreso de la arqueología prehistórica científica en Sudamérica radica ahora en un mayor esfuerzo teórico explícito, como puede apreciarse en este libro, al seguir en la síntesis las interpretaciones de los diversos autores. Uno puede notar así, por ejemplo, que la investigación de los sistemas de adaptación humana, según un marco de referencia con bases en la concepción ecosistémica cultural, ha dado tan buenos frutos que algunos estudios de estrategias adaptativas prehistóricas regionales (extremo sur patagónico y Tierra del Fuego, por ejemplo) variaron anteriores posiciones «taxonómicas» respecto de grupos culturales alejados de los llamados «centros nucleares» (zona de las altas culturas meso y andinoamericanas).

Otras culturas más recientes, de los «mariscadores de las costas oceánicas», de los «recolectores y cazadores tardíos», de los «agricultores incipientes de la costa y sierra del Perú», etc., constituyen el núcleo de los capítulos 6 y 7. Ahora nos encontramos otra vez con nuevas evidencias que, por ejemplo, remontan las primeras prácticas agrícolas más allá del IV milenio a.C. —costa central peruana—, al constatarse vestigios más antiguos de esta actividad incipiente en la sierra sur peruana— quinto milenio a.C., fase Piki de la zona de Ayacucho; cultivo del zapallo, quínoa y amaranto—, el norte del Perú —Cueva del Guitarrero en el Callejón de Huaylas, a cuya fase II, del VII milenio a.C., se adscriben parotos, aparentemente cultivados—, en el norte de Chile —Tiliviche 1-b, con maíz hacia el 5900 a.C.— y de Argentina —Huachichocana E-3,

con maíz entre el 7500 y el 6500 a.C.—, etc. Datos, junto con otros, que permiten plantear la existencia de otra área de domesticación del maíz, por ejemplo, distinta de la mesoamericana.

También se sabe ahora mucho más acerca de la domesticación de auquénidos (llama y alpaca), uno de cuyos centros debió ubicar en la Pampa de Junín —próxima a los 4.000 metros sobre el nivel del mar, en la región central peruana— a juzgar por los vestigios recuperados de varios abrigos rocosos de la zona —Uchkumachay, Pachamachay y Teltarmachay— cuyos niveles arqueológicos parecen reflejar el paso de la caza generalizada —c. 6.500 a.C.— al de la caza especializada de camélidos —c. 5000 a.C.—, hasta llegar al control de los camélidos semi-domesticados —c. 4000 a.C.— y el pastoreo de estos animales ya domésticos —c. 2500 a.C.—

Culmina el libro un epílogo («Panorama esquemático de la prehistoria sudamericana») que cumple bien su objetivo de apreciación de conjunto del proceso cultural prehistórico sudamericano hasta el advenimiento del «Neolítico», reuniendo los principales conceptos enunciados a lo largo de la obra.

Alianza Editorial presenta una buena edición, con sólo erratas menores —salvo las del cuadro de la página 23 y la figura 73 (pág. 315)—, cuyo valor de venta es elevado para el público argentino.

Juan Schobinger ofrece, a mi juicio, una nueva buena síntesis, producto de su constante interés por la temática y del prolongado «oficio» de profesor e investigador universitario, ejercitados en la cátedra de Arqueología Prehistórica y el Instituto de Arqueología y Etnología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.

J. ROBERTO BÁRCENA

J. P. RIGAUD (dir.), «La grotte Vaufrey, Paléoenvironnement, Chronologie, Activités humaines», *Mémoires de la Société Préhistorique Française*, tome XIX, Paris, 1988 (1989), 616 págs.

La investigación prehistórica cuenta por fin con una monografía en la que se exponen detalladamente los trabajos emprendidos en cueva Vaufrey en 1969, hace veinte años. Este fenómeno es frecuente en nuestra

disciplina, ya que los resultados completos de una excavación tardan muchos años en poder darse a conocer. En primer lugar, la lentitud que imprimen los trabajos de recuperación de los objetos en una excavación moderna hacen que las campañas duren más de un decenio, como es el caso que nos ocupa. En segundo lugar, el estudio posterior de los datos constituye una elaboración asimismo larga, hasta que se obtienen resultados precisos por parte de diferentes investigadores de distintos campos y aspectos. Por último, la recapitulación por parte del equipo y la discusión de resultados lleva también un tiempo, así como la edición del texto.

En la década de los ochenta se han ido dando a conocer algunos resultados preliminares que suscitaron el interés de todos. Entre ellos hay dos que destacaban por su novedad.

La cueva de Vaufrey era conocida como un yacimiento musteriense al menos en algunas capas; sin embargo, las dataciones absolutas por U/Th fijaron una cronología muy antigua, el Riss, que confirmaban los resultados preliminares que ya se estaban obteniendo por parte de los estudios geológicos y paleontológicos.

En segundo lugar, el análisis tafonómico por parte de L. Binford constituyó un detonante más para las largas discusiones sobre el comportamiento de los carnívoros en yacimientos antiguos y el comportamiento humano sobre actividades cazadoras o de carroñeo, largo debate desde el comienzo de la década de los ochenta con raíces en la década anterior.

Aunque volveremos sobre estos temas, el estudio de Vaufrey presenta muchas otras aportaciones de interés y que incitan a largo comentario.

Los estudios sobre el entorno actual de cueva Vaufrey constituyen un trabajo de gran interés ya que sirven de dosímetro regulador y de contraste para los sucesivos análisis sobre las características geológicas y paleontológicas del yacimiento así como para la comprensión sobre la habitabilidad del vestíbulo.

Las implicaciones cronológicas que observan los distintos especialistas son analizadas en conjunto por F. Delpeche y H. Laville, constituyendo un apartado importante, si bien se observan discrepancias importantes a partir del nivel V, que abren un nuevo camino a recorrer, en lo que se refiere a la evolución climática y de las faunas en el Riss III (estadio isotópico 6) y anteriores. La cronología absoluta del yacimiento por Tl y series de U/Th muestran la importancia de aplicar diferentes métodos de datación sobre un mismo yacimiento. Las

desviaciones y problemas que se infieren de cada uno de ellos pueden ser corregidos o paliados por la intercesión de ambos. Las ocupaciones de Vaufrey se enmarcan desde el Würm antiguo (capas I a III) hasta el Mindel-Riss.

Estos aspectos nos interesan especialmente por dos razones. Una de ellas procede del interés que tiene el intentar una serie cruzada de dataciones de distintos isótopos o medios. En Castillo hemos iniciado con diversos especialistas series de C14, Tl, U/Th, ESR y Paleomagnetismo, dada la importante y amplia secuencia que tiene el yacimiento. En algunos momentos hemos dudado de la eficacia de aplicación de diferentes métodos, a tenor de convertir Castillo en un campo de pruebas, minado constantemente por sucesivos muestreos destinados a la experimentación de nuevos métodos o correlación de los mismos. Estas dudas se despejan ante la posibilidad de poder ofrecer una secuencia base bien enmarcada cronológicamente y como muestra de ello la interrelación de dataciones y secuencia cronoestratigráfica de Vaufrey pone de manifiesto su utilidad.

Por otro lado, la existencia de industrias musterienses de cronología rissienne es un punto de partida importante para la investigación futura sobre la transformación de las industrias del Paleolítico Inferior y Medio. Volviendo a Castillo en este punto, el estudio de la excavación antigua nos mostraba que bajo una serie de capas con diferentes planchas estalagmíticas se encontraba un nivel Achelense que sellaba otras capas con industrias difíciles de interpretar. Análisis posteriores han confirmado su inclusión entre industrias musterienses, aun cuando contamos con series reducidas. Su posición estratigráfica podría corresponderse con un período interglaciario o bien a finales del Riss. Dataciones obtenidas por U/Th de las costras estalagmíticas están confirmando su inclusión en el estadio isotópico 6, a finales del Riss.

En cuanto a la industria la clasificación tipológica ofrece en Vaufrey un nivel atribuible al Musteriense Quina (capa I), cinco al Musteriense Típico (capas rissienes IV a VIII) y cuatro achelenses (capas IX a XII). En comparación con Castillo tendríamos una capa Achelense (capa 24), un nivel Musteriense con tendencia al Típico (capa 25a) y otro de denticulados (capa 25b), en situación estratigráfica inversa a Vaufrey.

El estudio técnico y económico de las industrias líticas de Vaufrey es muy completo abarcando desde el análisis de la cadena técnica, remontajes y análisis de materias primas. Su interpretación interrelacionada muestra desde el territorio de aprovisionamiento la ocupación del espacio habitable y los procesos de manufactura, así como selección de materias

y soportes. Ello ofrece un cuadro muy completo del estudio que se relaciona asimismo con los trabajos tafonómicos y el análisis espacial de la distribución de los objetos en estos casos remitidos únicamente a la capa VIII.

Los resultados del análisis tafonómico de Binford muestran que en la capa VIII rissienne de Vaufrey, la zona ocupada por los carnívoros, con áreas de reposo, defecación y actividad alimentaria ocupa una área de 25 a 30 m². La ocupación humana se estima en 20 m², interpretándose como un campamento base efímero ocupado por dos o tres personas solamente, con un comportamiento muy diferente del hombre moderno. Sus restos nos ponen más en relación con un comportamiento como «carroñeros» que como cazadores. Constituye un trabajo atractivo, y bien hecho, aunque no debe servir de modelo único de forma que un nivel marque las interpretaciones de todas las ocupaciones humanas anteriores al «magnífico» hombre moderno. Sí sirve para alertar de interpretaciones banales así como de la importancia de observar la etología de carnívoros y su influencia en los yacimientos.

El análisis espacial de la misma capa muestra por el contrario una ocupación muy ligera de carnívoros, procediendo casi todo el material óseo y lítico de la ocupación antrópica. Esta última se interpreta como varias visitas breves y poco frecuentes de pequeños grupos.

El trabajo de Vaufrey continuará aún durante largo tiempo, ya que el potencial de datos es muy grande. Esta primera monografía presenta un esfuerzo considerable de un equipo multidisciplinar y la necesidad de analizar los datos desde distintos enfoques dentro de un mismo campo.

VICTORIA CABRERA VALDÉS

MAURO S. HERNÁNDEZ PÉREZ, PERE FERRER i MARSET y ENRIQUE CATALÁ FERRER, *Arte rupestre en Alicante*. Alicante, Fundación Banco Exterior y Banco de Alicante, 1988, 312 págs. y 401 figs. (33 × 25 cms.).

Fruto de los trabajos e investigaciones sobre arte rupestre llevadas a cabo en la provincia de Alicante por el profesor Mauro S. Hernández Pérez y los miembros del «Centre d'Estudis Contestans» de Cocentaina Pere Ferrer i Maset y Enrique Catalá Ferrer y otros, es esta interesante monografía que presenta el actual estado y las últimas novedades de

todo lo que se refiere a arte rupestre alicantino. Para ello han sido necesarios ocho años de duro trabajo por parte de los autores, en los cuales se han descubierto multitud de nuevas estaciones rupestres con pinturas y grabados que el profesor Hernández Pérez ha catalogado en cuatro horizontes artísticos: arte paleolítico, arte macroesquemático, arte levantino y arte esquemático.

El capítulo central y principal de esta obra consiste en un corpus de arte rupestre en el que se agrupan los yacimientos por comarcas —L'Alcoià, El Comtat, Marina Alta y Marina Baixa—. Un estudio serio y riguroso de cada uno de los abrigos y sus paneles decorados, incluyendo planimetría, fotografías y calcos, finaliza con unas notas de información arqueológica y bibliográfica sobre cada yacimiento.

Este estudio viene acompañado de unas interesantes conclusiones en las que los autores determinan la existencia de cuatro secuencias artísticas en Alicante. La primera se remonta al arte paleolítico, con varios «santuarios rupestres» —Cova Fosca, Cova de Reinós y Cova de l'Aliga—, muy próximos entre sí y que se sitúa cronológicamente, basándose en el análisis de las representaciones zoomorfas y de sus convencionalismos, en el Solutrense inicial.

Una segunda secuencia artística que aparece únicamente en esta zona geográfica de la Península correspondería al llamado «arte macroesquemático», constituido por representaciones de dimensiones y temática diferente al resto de las manifestaciones artísticas conocidas, y descubierto en 1980 en un conjunto de abrigos del Plá de Petracos, en Castell de Castells. Hernández Pérez aboga por una cronología prelevantina, dadas las infraposiciones que se observan en algunos abrigos con respecto a pinturas levantinas —Abrigo I de La Sarga, Abrigo IV del Barranc de Benialí— y dados los paralelos entre las representaciones rupestres y las representaciones muebles —cerámicas de la Cova de l'Or y de los yacimientos valencianos de la Cova de la Sarsa y la Cova de Rates Penaes—. Esto le permite fecharlo en el Neolítico Antiguo, relacionándolo con las primeras comunidades agrícolas y ganaderas del País Valenciano, o sea con las primeras poblaciones neolíticas.

El arte levantino, tercer horizonte artístico que aparece representado en los abrigos alicantinos y que se caracteriza por su tendencia naturalista-narrativa y su distribución por toda la fachada oriental de la Península Ibérica, presenta aquí unas peculiaridades que permiten a los autores aproximarse al estudio de su origen, cronología y periodización desde unas perspectivas nuevas. Estas son el arte macroesquemático y sus paralelos cerámicos, fechados en el Neolítico Antiguo, los que permiten suponer al arte levantino una cronología posterior contemporánea

a aquélla. Además los paralelos muebles del arte levantino en Alicante —Cova de l'Or— sitúan los inicios de éste en el Neolítico Antiguo o finales del V milenio a.C. Los autores comparten la idea de J. Fortea según la cual nos hallamos ante las manifestaciones artísticas de unas poblaciones de raíz epipaleolítica en vías de neolitización que narran un proceso de cambio cultural y que pudieron estar influidas por el arte macroesquemático anterior o contemporáneo.

Junto a este arte levantino existe una cuarta secuencia artística, el denominado arte esquemático, que ofrece tanto grabados como pinturas. Los estudios llevados a cabo en Andalucía sitúan su origen en el Neolítico Medio-Final y su apogeo en el III milenio a.C. Los paralelos cerámicos alicantinos —Cova de l'Or—, y los de otros yacimientos valencianos, parecen señalar una cronología más antigua, Neolítico Antiguo, al menos para el País Valenciano. Los autores defienden la tesis de una total independencia del arte esquemático con respecto al arte levantino, siendo probable que ambas tradiciones artísticas, contemporáneas, surgieran a partir del arte macroesquemático, desarrollándose y difundiéndose luego de diferente manera.

Nos encontramos ante una obra sumamente interesante por lo novedoso de sus aportaciones y puntos de vista, aunque tal vez centre demasiado todas sus argumentaciones en torno al arte macroesquemático, descubierto por los autores. En cualquier caso, el problema del origen, evolución y desarrollo cronológico del arte levantino y esquemático a nivel peninsular todavía presenta importantes interrogantes, que tal vez estudios profundos y regionales, como el que ahora tratamos, contribuyan a esclarecer.

M.^a ISABEL MARTÍNEZ PERELLÓ

J. GUILAINE; J. VAQUER; J. COULAROU; F. TREINEN-CLAUSTRE, y otros. *Ornaissions-Médor. Archéologie et Ecologie d'un site de l'Age du Cuivre, de l'Age du Bronze Final et de l'Antiquité tardive*. Toulouse-Carcassonne. Centre d'Anthropologie des Sociétés Rurales et Archéologie en Terre d'Aude, 1989 (317 páginas, cuatro planos plegados y 20 láminas constituyen el anexo, mapas, figuras de materiales y estructuras; tablas y gráficos) (30,5 × 21,5 cms).

Es una obra estructurada en cuatro grandes capítulos, constituidos por diferentes apartados, hechos por especialistas de cada tema, una introducción y unas conclusiones.

Es lo que podríamos denominar como «la perfecta memoria de excavación», ya que incluye desde los técnicas de prospección utilizadas en la localización del yacimiento, hasta todo tipo de análisis de los restos arqueológicos en él encontrados, pasando por el sistema de excavación, estudio de estructuras y materiales, paralelos, cronología, análisis del área circundante y su entorno ecológico, e incluso un panorama general de los periodos en los que se ha desarrollado la vida de este yacimiento: Edad del Cobre, Bronce Final y Antigüedad tardía.

En resumen, aun cuando el punto de partida del libro es el análisis de un yacimiento concreto, esto no es, ni con mucho, lo más importante de la obra que comentamos, a pesar de lo completo y exhaustivo de la misma.

Hay que destacar dos aspectos fundamentales en la valoración de este trabajo:

1. Es el estudio de un yacimiento de acuerdo con las más modernas tendencias de la Arqueología: estudio integrado que va desde el entorno a los análisis detallados de todo lo que contiene. Interdisciplinaria absoluta con especialistas muy diversos y propuesta metodológica para el futuro, y

2. Integra estos resultados dentro del panorama regional de las diversas etapas, y también establece relaciones, sobre todo medioambientales, entre los diferentes periodos representados.

El hilo conductor es el yacimiento, pero las conclusiones son más generales, no limitadas a éste en sí mismo. Los datos son exhaustivos, y su valor no se limita al «per se» sino también a su interpretación conjunta.

Tras unas breves notas en las que se indican las circunstancias del hallazgo, hay un capítulo dedicado a la situación geográfica del yaci-

miento y a su entorno medioambiental. Posteriormente se resumen los diferentes tipos de prospecciones utilizadas como paso previo: fotointerpretación, microfotografía, etc., a la excavación. Estos tres capítulos constituyen la introducción del libro que a continuación comienza con una *primera parte* dedicada a la fosa correspondiente a la Edad del Cobre; estudio de su morfología y estratigrafía, rellenado, etc., realizado en 1982 y 1983. Luego se expone el análisis sedimentológico, estudio polínico, antracológico y malacológico (éste comparativo con el de las fosas del Bronce Final).

Tras todo estos resultados hay un apartado dedicado al «mobiliario» en piedra, hueso, metal y adornos, que incluye el análisis de la única pieza metálica que hay en la fosa: una alene.

El catálogo detallado de los vasos y fragmentos campaniformes constituye el siguiente apartado con 25 figuras y la descripción de formas y motivos decorativos. Luego se describe la cerámica lisa, muy fragmentada y con unas pocas formas reconstruibles, y la, escasa, con otras decoraciones tales como bordes decorados y cordones lisos y/o decorados. Paralelos y atribución cultural de la cerámica, así como apartados sobre el análisis de las pastas, las improntas de semillas, estudio de fauna y estudio malacológico, completan este recorrido.

Por último, como final de esta primera parte del libro, se exponen los resultados de prospecciones realizadas en torno a Médor y la localización de otros yacimientos calcolíticos; un capítulo sobre lugares del Languedoc con fosas (desde Neolítico al Hierro) como las de este yacimiento; otro sobre Médor y la civilización campaniforme del Midi francés y sus materiales; y finalmente los yacimientos y fechas de C14 del complejo campaniforme de esta región.

La segunda parte del libro se ocupa de las fosas del Bronce Final. Son dos, y lo primero es una descripción morfológica, luego estratigráfica y de materiales. Hay también un análisis antracológico de la fosa este; el estudio del mobiliario metálico de la misma fosa, y un análisis del metal de la fosa oeste. A todo ello le siguen un apartado dedicado a la cerámica de las fosas del Bronce Final, con una descripción tecnológica: materia, técnica de fabricación y decorativa, catálogo detallado de los fragmentos (figuras y tablas); otro al estudio de la forma; un tercero sobre Médor y las estructuras de habitat y fosas del Bronce Final de Languedoc, y un cuarto sobre la cultura material de este período: cerámica y metal sobre todo. La cronología de C14 para esta zona desde Bronce Antiguo a la primera Edad del Hierro (con gráficos) y, por último, el estudio del depósito de bronce de Ornaissions, y un apartado sobre Médor, las estructuras de habitat y las fosas del Bronce Final.

La tercera parte de la obra está dedicada a los vestigios de época histórica: fosas de la antigüedad tardía y silo, su morfología con planos; estudio del metal, cerámicas y vidrio; análisis antracológico de la fosa 1; estudio de semillas carbonizadas (cuadros y gráficos); estudio de fauna: ovi-cápridos, bóvidos y suideos, y fauna malacológica marina.

La cuarta parte, Médor y la arqueología agraria, contiene: un estudio pedológico de los alrededores de Médor con reconstrucción paleoecológica, cartográfica y topográfica y otro apartado denominado Médor, ¿qué terreno?, ¿qué finalidad?, con datos topográficos y pedológicos, botánica y malacología. Todo ello constituye el paisaje de las tres etapas estudiadas. Por último, propuesta de Médor como un modelo de definición de territorio y su ocupación (gráficos).

Jean Guilaine expone, en cuatro páginas, las conclusiones de este amplio volumen, que podríamos resumir, con unas cuantas pinceladas, en las siguientes:

— Médor es un yacimiento de tres fases de culturas, hasta ahora poco estudiadas, en Languedoc. Aporta numerosas novedades, tales como la existencia de una fosa limitando un hábitat campaniforme, el testimonio de prácticas agrícolas y un cierto sedentarismo, e incluso la posibilidad de localidades puramente campaniformes.

— Hay una homogeneidad morfológica y decorativa desde Languedoc al sur de Cataluña.

— Existen en Médor fosas de extracción de arcillas del Bronce Final; esto hace pensar en un papel importante de esta materia en la construcción de casas. Secundariamente se usaron como basureros.

— Médor es un largo ejemplo de permanencia humana y testimonia que varían poco los datos ecológicos en la elección del hábitat.

— El objetivo de este trabajo es integrar arqueología y ecología, realizar un estudio conjunto e interdisciplinar.

ANA FERNÁNDEZ VEGA

J. J. EIROA, *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*. Universidad de Murcia, 1989, 155 págs., 28 figuras y 14 láminas.

Comienza el libro con un prólogo en el que el autor destaca la importancia e interés que el proceso de urbanización ha tenido y tiene en el desarrollo de las sociedades humanas, explicando además que éste es un primer volumen de un serie de tres dedicados al mismo tema pero en diferentes momentos de nuestra historia.

La estructura del libro es la siguiente:

- Tras este prólogo, hay dos capítulos de carácter más general, sobre todo el primero, dedicados a la definición del urbanismo y la vida urbana y a la aparición de ésta en el Sureste español, respectivamente.
- Otros tres capítulos dedicados ya más concretamente a tres etapas de la protohistoria del SE. Calcolítico, Argar y Bronce Final y cultura ibérica.
- Un amplio repertorio bibliográfico, con casi 200 títulos, y un índice de lugares completan el libro que lleva documentación gráfica de figuras y láminas, tanto de estructuras como de planos generales, mapas o gráficos.

Tras unas notas sobre el significado del proceso urbanístico, el autor hace, en el primer capítulo, una historia de la investigación, desde los primeros trabajos de Gordon Childe, sobre este tema, diferenciando dos aspectos fundamentales: el físico o estructuras materiales y el urbanismo como forma de vida, con lo que de él se desprende en cuanto a estructura social. Tras un breve pero exhaustivo relato de diferentes teorías y explicaciones sobre el tema, hay una exposición del autor sobre la vida urbana, la conformación de la ciudad y de sus elementos básicos, diversidad de áreas urbanas y su interrelación con el proceso tecnológico.

El segundo capítulo se dedica a la aparición del urbanismo en la Península Ibérica, analizando desde del marco geográfico y sus condicionamientos —clima, suelos, vegetación, paisaje, recursos, etc.—, hasta el aspecto cultural de las poblaciones que lo desarrollan, especialmente el substrato inferior— Neolítico Final y Eneolítico— y los posibles contactos con otras áreas tanto interiores como exteriores, terrestres o marítimas. Tras unas páginas dedicadas a las transformaciones que a lo largo del III milenio a.C. van a dar lugar al nuevo modelo de vida urbana, se cierra

el capítulo estableciendo cuatro fases para el proceso de urbanización en el Sureste peninsular.

Los tres capítulos siguientes están dedicados a etapas concretas del urbanismo en esta zona: Calcolítico, El Argar y Bronce Final y época ibérica, respectivamente. En el primero de ellos hay una breve introducción sobre su origen y las teorías que han tratado de explicarlo, seguida de la enumeración y descripción de los numerosos poblados que se integran en esta etapa. De este recorrido deduce el autor que el principal foco urbanístico de esta etapa es el almeriense y que hay dos grados en este proceso en el foco murciano.

En el capítulo dedicado a El Argar comienza con los problemas del origen de esta cultura, para seguir explicando el cambio sustancial que se produce en el aspecto urbanístico con nuevas ubicaciones, adaptación al medio y ordenación del territorio. La metalurgia, los posibles elementos coloniales, una descripción de poblados con todas sus estructuras urbanísticas, así como la reconstrucción de actividades y la estructura social y económica de estas gentes, completan, junto con unas notas sobre los problemas del final del Bronce Argárico y el Bronce tardío, este capítulo.

El último se ocupa del urbanismo del Bronce Final y de la época ibérica, comenzando con los cambios producidos como consecuencia de las diversas influencias —Sur, Norte y Oeste, y Mediterráneo— que provocan en este aspecto la ruptura de la homogeneidad argárica. En general hay un retroceso urbanístico.

Lo elementos precoloniales y coloniales y la atracción comercial de la Península Ibérica darán lugar a fundación de colonias y vías comerciales provocando el nacimiento de nuevos asentamientos bastante heterogéneos.

La época ibérica representa un urbanismo ya completo con diferencias regionales; el comercio y el mestizaje harán de esta cultura una cultura mediterránea con innovaciones técnicas en minería, metalurgia, agricultura, cerámica, construcción, etc. De todos estos aspectos, así como de los yacimientos que los representan, habla el autor del libro en este capítulo, terminando con una conclusión: el mundo ibérico es la culminación del proceso urbanístico peninsular, proceso que la romanización va a incorporar a modelos mediterráneos.

Estamos ante un trabajo claramente integrado en las líneas más actuales de investigación, sobre un tema que no sólo despierta interés sino que también abre una buena cantidad de caminos por los que dirigir nuestros pasos a la búsqueda del objetivo fundamental de toda historia-

dor: quiénes, cómo, dónde y cuándo vivieron nuestros antepasados. Recopila este trabajo información bien sintetizada y de forma homogénea y amena, pero además deja «puertas abiertas», no es un trabajo cerrado en sí mismo sino que plantea nuevas preguntas que resolver. Esto es —a mi juicio— una de las más importantes funciones de cualquier publicación.

ANA FERNÁNDEZ VEGA

VÍCTOR M. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, *Teoría y método de la Arqueología*. Historia Universal. Prehistoria I. Madrid, Ed. Síntesis, 1989, 280 págs.

La obra de Víctor Fernández inaugura una serie de textos sobre Prehistoria, dentro de la colección de Historia Universal que acertadamente ha emprendido la Editorial Síntesis.

Este primer volumen cumple con un requisito lógico en una serie destinada a Prehistoria, como es introducir al lector en los problemas teóricos y metodológicos que se plantean en la actualidad en nuestra disciplina. Supone una actualización de otros textos y al mismo tiempo una síntesis de las diversas vías por las cuales se completa nuestro conocimiento y surgen las interpretaciones en el campo de la Arqueología.

El texto resulta equilibrado y coherente con el contenido pretendido y consigue enlazar los diferentes temas abordados con amenidad. Este aspecto conviene resaltarlo, ya que un discurso atractivo colabora a una lectura ágil facilitando una divulgación social amplia que excede los ámbitos universitarios o profesionales.

La teoría abre y cierra el libro, englobando en su interior los distintos procesos de recuperación y análisis de los datos. Así se insertan tanto la planificación previa destinada a la obtención de los datos como a la integración de los mismos en un banco informático y aplicaciones estadísticas en uso desde hace un decenio en el mundo occidental.

El marco cronológico se adapta a la fórmula clásica de las dos vías relativa y absoluta. En este apartado quisiera insistir en un punto que se ha señalado en el mundo de la investigación de las sociedades cazado-

ras del pleistoceno, al estar abocada a la multidisciplinariedad desde su comienzo.

El término *evolución* aplicado a la cultura material entraña el riesgo de confusión de conceptos biológicos. El hombre sufre una evolución biológica, que se enraiza en unos logros de adaptación al medio natural y social a través de la transformación y procesos de dominio de sus instrumentos materiales. De ellos el arqueólogo percibe los restos parciales de su cultura pudiendo analizar los cambios o *transformaciones* de que han sido objeto por parte de los seres humanos en un marco espacio/temporal. Los objetos o estructuras en este sentido no evolucionan, varían, translucen una *transformación* inducida.

El capítulo destinado a la reconstrucción del medio y de los yacimientos se ajusta a las pautas actuales de la investigación, uno de cuyos temas más apasionantes es sin duda la reciente e inconclusa polémica sobre los procesos tafonómicos y la actividad cazadora del hombre paleolítico. Frente a la corriente crítica y en muchos aspectos teórica que enarbola L. Binford, hay también voces cualificadas que contrarrestan esta posición y corrigen una postura excesivamente revalorizadora que magnifican la capacidad del hombre moderno. Sin duda el debate implica un progreso en el terreno de la interpretación, y también una red cada vez más amplia y detallada de análisis.

En este contexto hubiera sido conveniente insertar un aspecto que cada día se va desarrollando en nuestra disciplina con más fuerza. Existen en la actualidad trabajos de experimentación que van encaminados a encontrar los gestos que determinaron la forma de los instrumentos, la efectividad de los mismos y las huellas de estas actividades sobre la materia. Esta experimentación es muy valiosa a la hora de interpretar el comportamiento humano prehistórico, del cual sólo tenemos a veces leves trazas en sus restos materiales o en la disposición de los mismos. Los ejemplos que puedo citar se encuentran en la prehistoria más antigua, pero son modelos que insertan nuestra disciplina como ciencia experimental del pasado.

De esta manera la reconstrucción de objetos prehistóricos destinados a la caza observando su efectividad, el despellejado, desmembramiento y descarnado de diferentes especies como ungulados, hasta la iluminación ambiental, son exponentes de las tendencias actuales. En este último punto, la fabricación de lámparas y la efectividad de los elementos destinados a la iluminación en cuevas, fue realizado por el equipo que dirigía P. Ucko en la investigación del arte rupestre de la Cueva de Hornos de la Peña en 1972. Después de varios resultados infructuosos y

ahumados (en el exterior), el tuétano de las diáfisis de grandes ungulados resultó ser una materia que ofrecía una larga duración de luminosidad diáfana y que permitía mayor percepción de los grabados del santuario. Este experimento ha sido realizado por M. Múzquiz recientemente ofreciendo resultados óptimos.

En cuanto a las teorías vigentes y pasadas en arqueología se encuentran bien desarrolladas, quizá hubiera sido conveniente enmarcarlas en las corrientes de mentalidad/realidad social y filosofía de la ciencia de las que son producto, si bien excedería la capacidad del volumen diseñado como un libro de consulta ágil.

Las consideraciones finales que hace el autor sobre el papel de la arqueología en la sociedad actual, son plenamente compartidas y aún somos más pesimistas que él, ya que dependemos de las necesidades sociales. Por ejemplo, la arqueología de urgencia cubre aspectos necesarios, pero muchas veces aboca a desastres o una inutilidad que anula el fin previsto: la conservación del patrimonio. De manera irreversible y como corriente alterna la investigación prehistórica, que ha dotado de innumerables mejoras el progreso de la arqueología, se encuentra amortizada o abocada a camuflarse. Es un factor incoherente con una realidad social, en la que la demanda cultural es cada vez mayor y en la que la prehistoria puede tener un papel privilegiado, por compartir su atractivo con otros campos como la investigación de los dinosaurios.

VICTORIA CABRERA VALDÉS

M. L. RAMOS SAINZ, *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma, 1990, 151 págs. y 164 láminas.

El libro objeto de esta reseña se presentó como trabajo de Licenciatura en junio de 1986 en el Departamento de Prehistoria y Arqueología

de la Universidad Autónoma de Madrid, publicado por la editorial de dicha Universidad. Se trata de un estudio sobre un tema de gran interés para los investigadores del mundo colonizador fenicio-púnico, *El ritual funerario de las colonias semitas de la Península Ibérica*. Este trabajo no pretende ser un estudio exhaustivo del tema sino más bien una síntesis de conjunto, cuyos planteamientos, sin duda, servirán para futuras investigaciones. La obra se estructura en siete capítulos, que contienen varios apartados y subapartados.

El primer capítulo, a modo de introducción, está dedicado a la Historiografía de las necrópolis: Laurita, Puente de Noy, Trayamar, Casa de la Viña, Jardín, Villaricos, Cádiz, señalándose las dificultades que a veces presentan su interpretación por la ausencia de metodología en las memorias de excavación de algunas de ellas. No incluye la autora la necrópolis de Las Cumbres, en Puerto de Santa María, Cádiz, por no haber sido aún objeto de publicación científica, como ella misma afirma.

En el segundo capítulo se presentan las características formales de las necrópolis en base a su emplazamiento en relación con la ubicación de los habitantes y a la ordenación espacial y orientación de las sepulturas, así como la cronología y paralelos fuera del ámbito peninsular.

En el capítulo tercero se estudian las estructuras funerarias atendiendo al ritual utilizado de incineración e inhumación, distinguiéndose once tipos de enterramientos con algunas variantes o subtipos, destacándose la exclusividad para el rito de incineración de los hoyos, con o sin urna cineraria, y los pozos simples, o con pequeñas camaritas en su fondo; para el de inhumación, los sarcófagos monolíticos y los pozos con gran cámara lateral al fondo. También se ocupa de los monumentos funerarios (cipo, estela, torre funeraria) y del cierre ritual de las sepulturas. La autora, acertadamente, observa el carácter, eminente, de estos monumentos como medio necesario para señalar el lugar que ocupaba en la necrópolis cada uno de los difuntos enterrados y facilitar su reconocimiento por parte de los deudos: asimismo observa el carácter sagrado de los mismos.

A pesar de que la autora afirma en la *Introducción* de su trabajo que tanto el cierre como el cubrimiento de la tumba son dos aspectos no analizados habitualmente, nuestra impresión es, por el contrario, que este tipo de asuntos ha llamado poderosamente la atención, al menos desde hace varios años; otra cosa distinta es que el estado de conservación de las necrópolis, no haya permitido realizar estudios satisfactorios sobre este problema (casos de Motia e, incluso, Palermo, ambos en Sicilia).

En el cuarto capítulo se analizan los ritos funerarios de incineración e inhumación, y la autora pretende, mediante la elaboración de una tipología de los enterramientos, acompañada de fechas lo más precisas posibles, establecer una cronología de las épocas en las que se adoptó cada una de las variantes detectables tanto en un rito como en el otro. Por lo que se refiere al problema de las incineraciones infantiles, al que la autora hace referencia, es cierto que actualmente se está revalorizando el asunto, merced a los nuevos descubrimientos que están teniendo lugar.

Es de lamentar que la autora no haya tenido conocimiento del sugerente artículo de P. Bienkosaki, «Some remarks on the practice of cremation in the Levant», publicado en el número 14 de la revista *Levant*, del año 1982, págs. 88-89, que le habría aportado los precedentes directos del ritual crematorio en el país de origen de los fenicios.

El quinto capítulo está dedicado a cada uno de los elementos que componían el ajuar y los que formaban parte de lo que la autora llama «símbolos de vida» (cerámica, amuletos, huevos de avestruz, ocre rojo). Apoyándose en la documentación existente presenta estos datos con precisión descriptiva, si bien se echa de menos una mayor precisión acerca de lo que realmente puede considerarse ajuar y las diferencias cualitativas y cuantitativas con otro tipo de objetos o elementos presentes en la tumba. Me refiero concretamente a la cuestión del llamado «ocre rojo» que, en mi opinión, no cabe considerar como parte del ajuar, pero que tampoco es de una entidad semejante a, por ejemplo, los amuletos y los huevos de avestruz, y que nos hubiera gustado encontrar mejor definido desde un punto de vista conceptual.

En el sexto capítulo se hace una síntesis del proceso del enterramiento; se comienza con los escasos epitafios hallados en la Península que informan sobre la identidad del difunto. En mi opinión, es arriesgado introducir en el apartado de epitafios las inscripciones egipcias que aparecen en algunos vasos de alabastro de la necrópolis Laurita; por mucho que la autora separe ambos tipos de inscripción, cualquier lector poco avisado puede confundir las intenciones de la autora y atribuir a esos epígrafes, que ya venían con las vasijas en las que se hallaron, una connotación funeraria que no parecen haber tenido para los fenicios de Almuñécar.

Aunque seguramente las ideas fenicias sobre la muerte eran semejantes, fuese cual fuese el lugar donde se hubieran establecido, los escasísimos restos epigráficos de carácter funerario hallados en la

Península no permiten conocer apenas nada de sus ideas de ultratumba, a pesar de lo que parece sugerir la autora.

Dentro de este capítulo se hace una síntesis del sacrificio funerario, así como el proceso ritual desde la preparación del cadáver hasta los ritos que solían acompañarle hasta la tumba, analizando incluso las ideas de ultratumba que poseían los fenicios, aunque creo que este último aspecto hubiera encajado mejor en el capítulo 5, dedicado, precisamente, al culto a los difuntos.

Por último, el capítulo séptimo se dedica a las conclusiones, que más bien son un resumen general de los temas abordados a lo largo del trabajo, centrado sobre todo en cuestiones de ritual y la fijación cronológica del mismo en la Península Ibérica, respondiendo al título que el libro lleva.

La obra se completa con una seleccionada bibliografía y una serie de mapas y figuras que ilustran el trabajo. Hay que destacar una ficha tipo situada al principio del libro, que sin duda será de gran utilidad a todos los investigadores de una necrópolis.

En conclusión, nos encontramos aquí con un interesante trabajo de síntesis acerca de un tema que preocupa hoy tanto a la investigación actual; con él su joven autora se inicia de forma brillante en este vasto y amplio campo científico, de indudable porvenir, del mundo colonial fenicio-púnico. Y en este empeño sólo podemos augurarle éxito.

MARÍA PILAR SAN NICOLÁS PEDRAZ

MAURICE EUZENNAT, *Le limes de Tingitane. La frontière méridionale*. Études d'Antiquités Africaines, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1989, 339 págs. y 227 figs. (28 × 22 cms).

La revista *Antiquités Africaines*, que desde hace tantos años pilota con mano segura el profesor Georges Souville, se complementa con suplementos que son trabajos de mucha amplitud y que no tienen cabida en la publicación periódica. Los veinticuatro volúmenes publicados de la serie *Études d'Antiquités Africaines*, sumados a los de la revista, forman,

sin ninguna duda, una verdadera enciclopedia de la antigüedad norteafricana.

El último tomo aparecido dentro de dicha serie —debido a M. Euzenat, antiguo director del Servicio de Antigüedades de Marruecos, de 1954 a 1962— es el epígrafe de la cabecera. Se trata en realidad de un verdadero *corpus* de materiales arqueológicos y epigráficos para escribir una historia del Marruecos romano, e ir más allá de lo escrito en su día por Jérôme Carcopino (*Le Maroc Antique*, 1943) y Louis Chatelain (*Le Maroc des Romains*, 1944), ciertamente rebasados en el enfoque y el conocimiento de los propios materiales. Después de los «siglos oscuros» posteriores al Periplo de Hannon, únicamente algunos puntos señalaban una presencia cartaginesa. El enfoque cambió cuando en 1955 se constató una presencia fenicia en Mogador (publicado por A. Jodin) y a partir de dicha fecha se fueron descubriendo productos de la familia de las cerámicas campanienses que permitían documentar arqueológicamente la historia de los reinos mauritanos. Con ello se podían establecer los precedentes de las tres *coloniae Iuliae* (Constantia Zilil, Campestris Babba y Valentia Banassa). Teniendo en cuenta los trabajos anteriores de los arqueólogos franceses y españoles, se estableció entonces una amplia planificación de trabajos de campo, a ambos lados del *limes* (con una preocupación particular por la estratigrafía), que ha producido con posterioridad una amplia bibliografía. Así, por ejemplo, en la región de Volubilis, la mejor estudiada, sobre una superficie de unos 1.000 km², de la que se conocían sólo una treintena de yacimientos, finalmente fueron catalogados 155. Y todo ello realizado con medios que hay que calificar de escasos —dinero y personal— y en el ambiente de las postrimerías de una etapa colonial.

¿Cómo señalar el minucioso contenido de este libro en el par de páginas de una recensión bibliográfica? Para dar una idea de su magnitud, diremos, que, además del aparato crítico de las inscripciones, se dan 363 notas bibliográficas y de excursus que muchas veces llegan a ocupar la mitad de la página. He aquí los puntos principales del sumario: el campo de Suk el Arba y la frontera de Sebu (el campo de Suk el Arba, fortalezas y establecimientos de Rharb, el *limes* de Sebu), la *fossa* de Sala (la seguía Faraun, el territorio de los salenses, las defensas de Sala), el país de Volubilis (los establecimientos del valle del Beth y de Gueruan, *Volubile oppidum*, las fortalezas de Zerhun, el *limes* de Volubilis). Dos amplios apéndices contiene el estudio pormenorizado de los materiales —epigráficos, cerámicos con sus marcas o grafitos, numismáticos, metálicos, escultóricos, etc.— de cada lugar.

Hacemos votos para que vea pronto la luz un segundo volumen destinado al estudio de la parte septentrional de Tingitana. Desde aquí recomendamos al estudioso hispánico de la antigüedad clásica que tenga en cuenta esta obra de referencia llevada a buen término por los profesores M. Euzennat y G. Souville, como autor del libro y director de la colección, respectivamente.

GISELA RIPOLL LÓPEZ

JULIAN GONZÁLEZ (ed.), *Estudios sobre Urso, Colonia Iulia Genetiva*. Universidad, 45. Sevilla, Ediciones Alfar, 1989, 447 págs.

Este Simposio Internacional sobre *Urso* tuvo lugar en Osuna en el mes de mayo de 1988, y sus organizadores fueron la Fundación García Blanco del Excmo. Ayuntamiento de Osuna y el Prof. Julián González, que, a su vez, se ha ocupado de la publicación de las Actas.

El título del volumen que aquí recensionamos no responde, en su totalidad, al contenido, pues algunos de los artículos hacen referencia a la Bética en general y a problemas de interpretación de textos sobre la misma, e incluso uno trata sobre los magistrados de la *Hispania Citerior*. Pero, a pesar de ello, el contenido de la obra no deja de tener una cierta unidad, siendo algunos de los trabajos que contiene de un gran interés.

Los datos de que se dispone acerca del urbanismo de la antigua ciudad de *Urso* son todavía hoy escasos, pues desde el año 1973 en que R. Corzo realizó excavaciones, no ha tenido lugar ninguna intervención arqueológica relevante. Ello no ha impedido a J. M. Campos establecer una hipótesis de la evolución del habitat desde el Bronce Final hasta la implantación de la Colonia y su posterior desarrollo, situando el poblado prerromano en la zona más oriental del yacimiento, y el asentamiento romano republicano, sobre el que luego se establecería la Colonia, al Oeste. Durante estos últimos años las prospecciones sobre el terreno en el *agro ursonensis*, tema del que también se había ocupado R. Corzo, están configurando un nuevo panorama. Muestra de ello es el artículo del arqueólogo municipal J. A. Pérez Rangel y de su equipo, que, a pesar de hacer sólo referencia a algunos de los asentamientos ibero-turdetanos, permite ya que se empiece a estructurar la organización de la explotación de la Campiña.

Tres son los artículos que tratan de la escultura ibero romana, entre ellos uno del difunto profesor A. Balil, que presenta algunas lagunas debido a su repentino fallecimiento; y otro de R. Atencia y J. Beltrán sobre unos fragmentos escultóricos funerarios de Osuna que se hallan en el Museo Arqueológico de Málaga y que podrían pertenecer al conjunto descubierto en 1903 por Engels y Paris y que en la actualidad se halla en parte en el Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye.

Sobre el siempre actual tema de la adscripción de las ciudades a las tribus, J. González plantea de nuevo el problema de la existencia en algunos casos de dualidad de tribu, demostrando para *Urso* la presencia de las tribus *Sergia* y *Galeria*, a través de dos inscripciones inéditas, que corresponderían a dos asentamientos sucesivos, debidos a César y Augusto, confirmándose así la teoría de que la tribu *Sergia* correspondería a comunidades privilegiadas de fundación republicana. El artículo de F. Chaves sobre la ceca de *Urso*, nos proporciona nuevos datos sobre el período republicano, estableciendo, a partir de un nuevo tesorillo, que los dos magistrados que aparecen en las monedas de *Urso* eran *quaestores* provinciales e identifica a su vez uno de ellos con *L. Marcius quaestor* del año 143 a.C. mencionado por Apiano, el cual hizo cambiar el signo filo-púnico de la esfinge por un oso.

Dentro del grupo de los artículos de tema jurídico, son tres los que hacen referencia a los procesos y a las funciones judiciales de los senados locales en época romana, planteando la problemática a partir de la nueva *lex Irnitana* de época flavia, revisando y dando así nueva luz a la documentación ya existente sobre el tema. Los autores de estas comunicaciones son: U. Laffi, D. Johnston y J. L. Murga. Otro artículo se ocupa de la función de los magistrados locales en el control de la destrucción y reconstrucción de los edificios, llegando a la conclusión A. D. E. Lewis de que únicamente en el caso de *Urso* éstos estaban directamente implicados en el control de la reedificación. M. del Rivero aborda el tema de la *tutela mulierum* y de la convalidación de los matrimonios mixtos entre ciudadanos romanos y mujeres hispanas de origen peregrino, que conllevaba la adquisición automática de la ciudadanía por parte de éstas y de su descendencia, hecho que nos obliga a reflexionar sobre la política colonial de César, ya que ello es un elemento integrador de la población indígena.

J. Arce, analizando el texto de Estrabón sobre la Bética, resalta el valor de éste como panegírico para facilitar e instigar la dominación económica, siendo por ello una falsificación de la realidad. Por su parte, M. Mayer, después de hacer una revisión de los estudios dedicados a la

descripción de la Bética de Plinio, llega a la conclusión de que en ese caso el autor no organizó su descripción con un criterio administrativo. Otras contribuciones que merecen ser mencionadas son la de A. Caballos, sobre los senadores de origen hispano durante la República, y la de P. Sillières, sobre la red viaria de la *Ulterior* en época republicana, en la que intenta identificar el topónimo *Letim* del *Bel. Alex 57* con *Celtis*.

Se trata, pues, de un interesante volumen no sólo sobre Urso, sino también sobre la Bética en general, instrumento indispensable para aquellos investigadores que se ocupen de esta provincia y de la historia hispano-romana en general.

SYLVIA RIPOLL LÓPEZ

ISABEL VELÁZQUEZ SORIANO, *Pizarras visigodas. Edición crítica y estudio*, Antigüedad y Cristianismo, VI, Universidad de Murcia, Murcia, 1988, 829 págs. (24 × 17 cms.).

Los textos dados a conocer en su mayoría por M. Gómez Moreno en su libro *Documentación goda en pizarra* (Madrid, 1966), y que en ese mismo año fueron analizados en parte por Díaz y Díaz, en «Los documentos hispano-visigóticos sobre pizarra» (*Studi Medievali*, 7, 1966, págs. 75-107), han sufrido a lo largo de más de veinte años un casi constante ostracismo, sólo mitigado en parte por las referencias o estudios puntuales de autores como J. Gil, A. García Moreno o A. Mundó, así como las oportunas referencias llenas de reservas por parte de paleógrafos como Millares Carló. La escasísima utilización de esta documentación, por otra parte prácticamente única original de la época visigoda, se ha debido a las serias divergencias surgidas entre las lecturas de Gómez Moreno y de Díaz y Díaz. Este último ya había advertido de la necesidad de realizar una edición nueva de los textos, basándose en una lectura directa. La útil compilación de Canellas en *Diplomática hispano-visigoda* (Zaragoza, 1979), si bien ponía a disposición de los estudiosos estos textos, dentro del marco de la documentación relativa a esa época, y realizaba un análisis tipológico e, incluso, paleográfico básico, volvía a transcribir las lecturas de Díaz y, en su defecto, las de Gómez Moreno. Se hacía necesaria, pues, una nueva edición crítica y un estudio sobre estos materiales prácticamente únicos en su género en España. Esta edición ha sido el objeto del libro que ahora se publica como volumen VI

de la serie «Antigüedad y Cristianismo», como coedición de varias entidades universitarias, del Ministerio de Educación y Ciencia y de la Junta de Castilla y León.

La autora del libro —que fue su tesis doctoral, publicada en edición limitada ya por la Universidad Complutense— realiza una edición crítica rigurosa de los textos conocidos, añadiendo a éstos cuarenta y ocho piezas más inéditas hasta el momento. La edición va acompañada de una serie de estudios de carácter aproximativo a los textos, como ella misma explica. Hay dos estudios previos de carácter externo. El primero, una puesta al día del contexto geográfico y arqueológico de los lugares de hallazgos de pizarras, así como una clasificación de las piezas actualmente existentes y sus lugares de ubicación. El segundo estudio, una de las mayores aportaciones, es el paleográfico. Es sabido de todos que de esta época apenas se conserva ningún documento original en escritura cursiva. El estudio y análisis paleográfico que se realiza de cada pieza y del conjunto colaborará sin duda a la elaboración de una historia de la escritura de la época. La edición crítica está pensada a manera de ficha técnica, similar a la metodología seguida por el *CIL*, previa al texto, y acompañada de dibujos facsímiles que, lamentablemente por razones de economía, no se han podido presentar en su tamaño original, como habían sido realizados. Una vez presentados los textos se pasa a realizar un estudio de la lengua de los mismos, de carácter fundamentalmente descriptivo, conectando los hechos de lengua en el marco general de la evolución del latín con otros textos de similar contenido o coetáneos. Lo más interesante es, no obstante, la presentación de un léxico de las pizarras donde, en especial la antroponimia y el análisis que en la última parte se hace de ella, revela la composición de los elementos de esta sociedad rural de los siglos VI y VII en Hispania. La última parte referida es una aproximación a los aspectos de contenido de los textos. Se realiza una clasificación tipológica de los documentos y un análisis de la estructura de los mismos, para dar paso a algunas breves observaciones —quizás demasiado— sobre la sociedad y la época en que fueron escritos. La obra se completa con unos índices complejísimo que facilitan la consulta y son verdaderamente útiles. Por último, la bibliografía, estructurada de forma paralela a las diferentes partes del trabajo, y una pequeña selección fotográfica.

Indudablemente se trata de una obra sólida, de enorme trabajo en la que la autora, dejándose guiar por manos maestras, como ella misma reconoce, como las de Díaz y Díaz, Mariner o Fontán, ha sabido poner al día y recuperar para la investigación histórica, filológica y arqueológica, unos textos que estaban casi olvidados, y que eran prácticamente inutili-

zados por los arqueólogos, por lo difícil de su interpretación. El esfuerzo realizado por Isabel Velázquez Soriano sólo puede ser valorado y comprendido cuando se toma la obra en las manos para intentar leer las pizarras y se intenta obtener una información. Agradecemos, pues, desde estas líneas a la autora por haber proporcionado a la ciencia de la antigüedad uno de los instrumentos más necesarios para su análisis, y felicitamos a la serie «Antigüedad y Cristianismo» por haber acogido tan magna obra.

GISELA RIPOLL LÓPEZ

PEDRO DE PALOL y GISELA RIPOLL, *Los godos en el occidente europeo. Ostrogodos y visigodos en los siglos v-viii*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1988, 317 págs., 216 fotografías, 65 figuras (edición italiana en Jaca Book, Milán, 1989; edición alemana en Belzer Verlag, Stuttgart, 1990; edición francesa en Éditions du Seuil, París, 1990)

En esta obra se reúnen muchas condiciones para hacer de ella un trabajo de calidad, interesante y ameno. Aborda la historia de los godos, ostrogodos y visigodos (más los segundos que los primeros), desde los siglos v al viii. Un tema así enunciado podría parecer ya conocido entre los especialistas y muy árido entre los no estudiosos del mundo antiguo. Sin embargo, su planteamiento riguroso y su visión dinámica y renovadora la convierten en una lectura imprescindible para quienes se dedican a la antigüedad tardía y mundo medieval, y, al mismo tiempo, su narración ágil facilita el acercamiento de quienes pueden leerla como introducción al mundo de los estudios visigodos.

Entre las condiciones que reúne no es la menor la de los autores del libro, dos especialistas en arqueología cristiana y medieval, que demuestran su buen hacer y su gran conocimiento de la época, logrando una incardinación de los diferentes temas que tratan porque, como exponen en la introducción, el deseo de hacer una «historia total» —aunque sea una expresión un tanto «presuntuosa»— rige la concepción del libro; opinión que compartimos plenamente y que, a nuestro juicio, ellos consiguen de una manera eficaz.

En efecto, sobresale la combinación de aspectos históricos, en el sentido de narración de los acontecimientos más importantes, apoyados y comparados como aspectos arqueológicos y de historia del arte y documentados con una acertadísima selección de textos, traducidos, que contemplan desde pasajes de las *Leges Visigothorum*, de las *Vitas Patrum Emeritensium*, Actas de Concilios hasta inscripciones fundacionales (San Juan de Baños) o conmemorativas (puente romano de Mérida) o la conocida lápida de Comenciolo, sobre las fortificaciones de Cartagena.

La otra condición que hace de esta obra un trabajo importante es la magnífica presentación fotográfica. Una selección interesantísima y nuevamente muy acertada y cuyos logros técnicos se deben a Isabel Valls. A su lado, los mapas, figuras y planos elaborados por M. Ángel López-Marcos.

La obra se estructura en los siguientes capítulos: «Introducción», con una visión conjunta de la política de ostrogodos y visigodos y un análisis de las posturas históricas sobre los conceptos de romanismo y germanismo. El primer capítulo es «Orígenes y migraciones del pueblo goda». Quizá el más tradicional de todos, con una visión bastante lineal y breve de los movimientos migratorios y sus asentamientos en Italia y en la Narbonense. El capítulo es, no obstante, de interés y está muy bien articulado, aunque se hace inevitable la comparación con el resto, de elaboración mucho más brillante. Los siguientes se estructuran así: «Los ostrogodos en Italia: el reino de Teodorico», «Visigodos en Aquitania: el reino de Tolosa», «Los visigodos en Hispania», «El reino visigodo de Toledo», «Arquitectura: continuidad e innovación», «La ornamentación escultórica en la arquitectura de época visigoda», «Los talleres artesanos de la moda y corte visigodas», «Comercio mediterráneo de los metales».

Especialmente interesantes nos resultan —aunque esto es un juicio muy especial— las páginas dedicadas a la monarquía visigoda en Tolosa y su posterior traslado a Hispania, así como la influencia de la monarquía ostrogoda a través de Teodorico, como tutor de Amalarico (págs. 68-93). Igualmente el capítulo de «El reino visigodo de Toledo», con una excelente selección de textos (*Lib. Iudic.* III 1,1; Juan de Biclaro, *Chron.* a. 590; fragmento de las Actas del III Concilio de Toledo, a. 589; *Vitas patrum Emerit.* V 10,5; fragmento de las Actas del XII Concilio de Toledo, a. 681 d.C).

Los capítulos dedicados a «Arquitectura: continuidad e innovación» y «La ornamentación escultórica en la arquitectura de época visigoda», constituyen una parte fundamental, son claros, precisos y consiguen dar una visión espléndida de la arquitectura, escultura y orfebrería de época

visigoda, que complementada con las magníficas fotografías convierten estas páginas en una importante exposición del arte en época visigoda.

El libro se complementa con índices de fuentes y bibliografía, amplia y selecta, y una tabla cronológica sobre Italia, Hispania, Galia, Bizancio y sobre hechos de civilización o cultura, que compensan la falta de notas, siempre deseable, pero que en una edición casi de bibliófilos no tenía cabida. Igualmente hay otros índices de nombres, lugares y temas, así como de ilustraciones, figuras y textos.

Por último, es interesante reseñar las ediciones múltiples que se han hecho de este libro, pues ha sido traducido al italiano, al alemán y al francés. Ello implica una gran difusión dentro del mundo universitario europeo e incluso americano, y aboga porque la civilización visigoda, vista desde una perspectiva hispánica, sea conocida en un amplio abanico de lugares. Esperamos que el libro de Pedro de Palol y Gisela Ripoll tenga, como se merece, una buena acogida entre los especialistas y sea valorado en su justa medida. Estamos, pues, ante un texto que intenta articular la historia con los conocimientos arqueológicos y cuya ilustración, toda nueva —es muy poco lo que sale de archivo—, viene a enriquecer tanto el texto como la edición.

ISABEL VELÁZQUEZ SORIANO

MICHELLE PICCIRILLO, *Chiese e mosaici di Madaba* (Chiese e mosaici di Giordania, II) Studium Biblicum Franciscanum. Collectio Maior, 34, Jesuralén, *Franciscan Printing Press*, 1989, 374 págs.; 6 láms. *.

Desde que en los años setenta el padre Piccirillo inició sus investigaciones arqueológicas en territorio jordano, al frente de la «Custodia di Terra Santa» del Studium Biblicum Franciscanum de Jerusalén, ha procurado siempre una puntual información sobre el desarrollo de los trabajos. Las continuas publicaciones y la presentación en congresos de estos

* Las figuras que se citan en este texto corresponden a la misma numeración y pueden verse en el artículo: «A propósito de las iglesias y mosaicos de Madaba», en este mismo volumen de *Espacio, Tiempo y Forma*.

excepcionales monumentos bizantinos por Piccirillo¹, no sólo ha motivado el interés de los especialistas sino también la admiración por una labor bien realizada.

Paralelamente a las puntuales publicaciones analíticas, Piccirillo se hizo el propósito de realizar una obra de síntesis de las iglesias y mosaicos de Jordania. Este *corpus* viene publicándose con el título genérico de *Chiese e mosaici di Giordania*. Al primer volumen, aparecido en 1981, y dedicado a las basílicas de Jordania septentrional², sucede ahora este segundo volumen sobre Madaba y su territorio diocesano.

La publicación de esta obra el pasado año debe situarse en el contexto de difusión que el padre Piccirillo y su equipo han llevado a cabo para dar a conocer las antigüedades bizantinas de Jordania. Ya en 1986 se montó una exposición en el Palazzo Venezia de Roma, titulada *Mosaici di Giordania*, viajando después de Austria (Schallenburg y Klagenfurt, 1986-1987), a la República Federal de Alemania (Münster y Munich, 1987) y a Berlín-Este (1987-1988). En 1989 esta muestra fue trasladada al Museo de la Civilización galo-romana de Lyon en ocasión de la reunión del *IV^e Congrès d'Histoire et Archéologie Jordaniennes*. Por esas mismas fechas se publicó el catálogo de la exposición, con una notable puesta al día y las aportaciones de otros especialistas —además de M. Piccirillo— como N. Duval, J. Balty, P. Testini y R. Farioli Campanati, entre otros³. Meses después aparecía el libro que ahora presentamos.

La obra está prologada por N. Duval, quien encuadra la figura de M. Piccirillo como heredero de la labor llevada a cabo en la tierra bíblica del Moab, sobre todo el monte Nebo, donde se encuentra la Memoria de Moisés, cuyas excavaciones fueron iniciadas por el padre Saller y por fray G. Mihaic. Estas investigaciones en Madaba fueron comenzadas en 1933 por el Studium Biblicum Franciscanum, el Departamento Jordano de Antigüedades y el Instituto Evangélico Alemán de Jerusalén. A nombres tan importantes para el estudio de la arqueología cristiana de Palestina y Jordania como el de los padres Saller, Bagatti y Corbo debe añadirse ahora el del padre Piccirillo. Duval valora los nuevos descubrimientos de esta obra de arquitectura religiosa y mosaicos no únicamente bajo el prisma estricto de la arqueología, sino también como una aportación im-

¹ Una completa lista bibliográfica figura al final de libro reseñado.

² PICCIRILLO, M., *Chiese e mosaici della Giordania Settentrionale* (=Chiese e mosaici di Giordania, I), Jerusalén, 1981.

³ *Mosaïques Byzantines de Jordanie*. Catalogue de l'Exposition au Musée de la Civilisation Gallo-Romaine de Lyon (février-mai 1989), Lyon, 1989. Cabe destacar el apéndice bibliográfico sobre Jordania bizantina realizado por M. Piccirillo.

prescindible para la historia de la diócesis de Madaba. A través de las inscripciones de los mosaicos podemos conocer ahora una serie de obispos de esta sede que aparecen tarde, y raramente, en las listas conciliares, algunos abades y monjes, y numerosos benefactores. Otro de los aspectos destacados por Duval es la perduración de estas comunidades, sin dificultad aparente, más de un siglo después de la victoria del Islam.

En las primeras páginas de introducción, Piccirillo declara que el objetivo primordial de este estudio es la documentación de la riqueza temática de los pavimentos musivos descubiertos hasta ahora y conservados en la ciudad de Madaba, en el Monte Nebo y en la región circundante, que él atribuye a la «Escuela de Madaba». Si bien utiliza a lo largo de toda la obra este término, acuñado en la introducción, matiza en las conclusiones que considera impropio hablar de una verdadera escuela mosaística, tratándose más bien de diversos talleres de musivaras. Su segunda intención es la de presentar las inscripciones en su contexto arqueológico. Y en tercer lugar expresa su preocupación por una investigación, aún abierta, al quedar algunas lagunas históricas entre los episcopados de Leoncio (608) y Teófanos (662), y entre éstos y el del obispo Jove (756).

Antes de entrar en materia, Piccirillo nos conduce por las tierras del Moaba con la intención de definir los límites geográficos del estudio, en un viaje histórico donde destaca el papel importante de los exploradores románticos del siglo pasado. A grabados y fotos de la época contrapone Piccirillo magistralmente las más modernas fotografías aéreas, planimetrías y mapas, como si quisiera construir un puente entre los primeros que sintieron interés por estas soberbias ruinas y el presente de la investigación.

El cuerpo de la obra está dividido en dos grandes partes. La primera de ellas la dedica a la propia ciudad de Madaba, describiendo uno a uno sus monumentos cristianos. La segunda parte está constituida por un análisis de la edificación cristiana en el territorio diocesano, tanto de los monumentos excavados por su equipo o por sus predecesores, o simplemente localizados en una demarcación diocesana que puede establecer gracias a que aparece siempre el nombre de un obispo de Madaba en las inscripciones de sus mosaicos. Este hecho hace que esta obra de Piccirillo sea muy desigual, porque, ora nos ofrece los resultados de la investigación científica de una excavación, ora nos describe la simple localización de ruinas a la manera de una carta arqueológica. Esta heterogeneidad queda justificada si entendemos que el autor ha querido combinar la investigación pasada y presente con vistas al futuro, reuniendo

todas las noticias sobre los monumentos que configuraban la diócesis de Madaba.

De la primera parte, dedicada a la ciudad, cabe diferenciar entre los edificios que han sido excavados por el equipo de Piccirillo desde el principio y los que han sido objeto de revisión o re-excavación, por ofrecer éstos una información más fragmentaria.

El único caso en el que Piccirillo ha iniciado las excavaciones en un monumento de la ciudad es, paradójicamente, en el único edificio civil conocido hasta ahora: *El Palacio Incendiado*. Se trata de dos salas, una de ellas cubierta de mosaico. La importancia arqueológica de este descubrimiento radica en que sus unidades estratigráficas no habían sido violadas con anterioridad. El nivel de abandono presentaba claros síntomas de un incendio, con cenizas entremezcladas con tejas y los restos incinerados de un puerta que se había desplomado sobre el mosaico. La cerámica la datan en los primeros decenios del siglo VII, aunque sólo nos muestran un tipo de lucernas de esta época que no sabemos si han sido utilizadas para fechar el nivel de abandono. Por otra parte resulta también lamentable que la excavación no haya sido finalizada y no podamos conocer ni el trazado del edificio ni su evolución diacrónica. Sin duda, M. Piccirillo nos obsequiará en su día con una espléndida monografía en la que seguramente se aclarará el hiatus temporal existente entre el abandono de un edificio fechado en el siglo VII cuyo mosaico descansa sobre un nivel rico en material nabateo-romano de los siglos I y II de la era.

El resto de las intervenciones del equipo de Piccirillo en la ciudad de Madaba son re-excavaciones, lo que supone no sólo una información fragmentaria sino que también plantea serias dudas metodológicas en la superposición de las unidades estratigráficas. El autor se lamenta de que, cuando iniciaron la intervención en muchos de estos edificios, el mosaico se encontraba ya en superficie, razón por la cual no cuenta con argumentos arqueológicos para datar el nivel de abandono. Con todo, hay que elogiar el tremendo esfuerzo realizado por este equipo a la hora de levantar nuevas planimetrías y ofrecernos una ingente documentación gráfica pretérita y también contemporánea.

Es digna de mención la actuación en el atrio de lo que Piccirillo llama la *Catedral* por las dimensiones del edificio y por haber sido halladas dos piscinas bautismales superpuestas. El cuerpo central de la iglesia no ha sido excavado, por lo que no nos pueden ofrecer la planta del edificio, sino la de la zona del atrio y una reconstrucción hipotética de escaso rigor metodológico (fig. 1).

Resulta altamente interesante la *Capilla de San Teodoro*, porque contiene una inscripción que data la construcción *ex fundamento* y pavimentación en el año 562, en tiempos del obispo Juan, cosa que ha permitido datar este episcopado y otras construcciones del área de Madaba. Al otro lado del pórtico se encuentra el baptisterio en un aula absidada y cubierta de mosaico —donde se encuentra una piscina cruciforme— y que Piccirillo fecha, más por intuición que por argumentos científicos, en tiempos del obispo Sergio, sucesor de Juan, o sea en el 575-576. Treinta centímetros por debajo de este pavimento fue descubierto otro mosaico con una piscina bautismal circular en ladrillo, con una inscripción en la que se alude a un nuevo obispo de Madaba, Ciro. Piccirillo sitúa cronológicamente su episcopado en los primeros decenios del siglo vi, por comparaciones estilísticas entre los mosaicos de la zona, y con ello data tranquilamente el primer ambiente bautismal de la Catedral. Sorprende la falta de inquietud arqueológica de los excavadores que no se plantean en ningún momento la relación temporal entre los muros de una fábrica arquitectónica que contiene varios niveles de pavimentación.

Piccirillo nos ofrece, por otro lado, una interpretación sobre la funcionalidad litúrgica bautismal del atrio de la Catedral, con una reconstrucción del itinerario procesional (pág. 38). Interpreta la *Capilla de San Teodoro* como lugar donde se hacía la renuncia a Satanás contra occidente, para justificar la disposición de un altar en la zona oeste de la capilla. De todas formas, parece un tanto arriesgado reconstruir la circulación de los candidatos al bautismo, cuando existe un ambiente entre el patio y el baptisterio que no ha sido excavado.

Quizá una de las más brillantes actuaciones del equipo de M. Piccirillo en la ciudad de Madaba sea el programa desarrollado en los edificios situados a uno y otro lado de la calle enlosada: *La Iglesia de la Virgen con la sala de Hipólito* y *la Iglesia del Profeta Elías*.

La Iglesia de la Virgen fue construida sobre edificios de época romana preexistentes, aunque no se especifica si se han hecho estudios de su evolución hasta convertirse en iglesia. Se compone de tres cuerpos yuxtapuestos: el nártex, la rotonda y el presbiterio. Los criterios de datación son los epigráficos: 662 para la rotonda, y finales del siglo vi y el primer decenio del vii, por una coincidencia onomástica entre los benefactores de esta iglesia y la del *Profeta Elías* al otro lado de la calle (fecha esta última en el 608). Merece especial mención la *Sala de Hipólito*, adosada a la iglesia, por su espectacular mosaico con escenas del mito de Fedra e Hipólito, de las que Piccirillo hace un insuperable

comentario iconográfico. Aventura una datación de este mosaico en la segunda mitad del siglo VI —durante el renacimiento justiniano—, por motivos estilísticos y también por entender la triple representación de tres personificaciones urbanas (Roma, Gregoria y Madaba) como la imagen propagandística imperial de resucitar la función de guía espiritual de Roma en los sueños de la *renouatio imperii* de Justiniano. Por otra parte, hace alusión (núm. 58, pág. 66) a la existencia de un estrato con material datable a fines del siglo VI, lo cual aparentemente no contradice su hipótesis de datación, si bien hay que tener en cuenta que esta fecha arqueológica debe corresponder al último momento de utilización del mosaico y éste puede haber tenido larga vida. Y parece que la tuvo, porque se habla de una fase intermedia en la que la sala fue desdoblada en dos ambientes por un muro que destruyó parcialmente la escena mitológica de Fedra e Hipólito.

De la *Iglesia del Profeta Elías* situada al otro lado de la calle apenas si se conserva la cripta. Las descripciones del monumento están basadas en las notas del excavador don Manfredi. La inscripción del mosaico de la cripta —dedicada a San Eliano— fecha la construcción de la misma en el año 595-596, en tiempos del obispo Sergio.

No se menciona ninguna intervención arqueológica en las restantes iglesias de la ciudad de Madaba, aunque Piccirillo recaba el máximo de información sobre los trabajos de sus predecesores. De la *Iglesia de los Santos Apóstoles*, excavada en 1967 por el Instituto Evangélico Alemán de Jerusalén, resalta la importancia de la inscripción del presbiterio —hoy desaparecida— por figurar la advocación de la iglesia y la fecha de su construcción en el 578-579 (fig. 2). De la misma manera nos brinda la información sobre las anteriores excavaciones en las iglesias de *El Khadir* (fig. 8), la de *los Sunnâ* y la de *los Salayta*, junto a edificios que no han sido todavía excavados como la *Iglesia al sudeste de la Acrópolis* o el *Monasterio de el-Mishnaga*.

Uno de los capítulos más destacables es el que dedica a la *Iglesia del Mapa*. Lamentablemente la información arqueológica se perdió al construirse encima una iglesia parroquial de la comunidad grego-ortodoxa en 1896. Las noticias sobre la planta han sido recabadas de aquellos que pudieron verla antes de la construcción de la citada iglesia: P. Sejourné, Bliss, don Manfredi y, sobre todo, Schumacher, quien levantó un croquis de la planta. Pero lo que le dado fama a esta iglesia de Madaba es el mosaico que la decoraba —hoy bastante deteriorado— que constituye uno de los elementos más importantes para el estudio de la geogra-

fía histórica de Tierra Santa. Una excelente ilustración y un exhaustivo análisis toponímico acompañan una hipótesis bien fundamentada para datar esta obra en la segunda mitad del siglo vi. Echamos a faltar, sin embargo, la crítica del reciente estudio de P. Dounceel-Voûte⁴, quien ha elaborado una sugestiva hipótesis basada en la lectura del mosaico en su contexto arquitectónico que coloca en posiciones excepcionales las viñetas de Jerusalén y Madaba, y que relaciona con la propaganda religiosa de la creación del patriarcado de Jerusalén.

De la segunda parte de la obra, dedicada a las iglesias del territorio diocesano de Madaba, hay que destacar la estrella, no sólo de esta zona, sino también de Jordania: *La Memoria de Moisés en el Monte Nebo-Siyagha*. La novedad de la intervención del equipo de Piccirillo en este santuario es la excavación del monasterio desarrollado alrededor (del que cabe destacar el ambiente del Abad Procapis cuyo abandono se produjo a fines del siglo vi), junto a las indagaciones de los ambientes eremíticos rupestres de este valle. En lo concerniente estrictamente al edificio religioso, Piccirillo nos presenta una completa síntesis de la labor efectuada por sus predecesores y por él mismo hace ya algún tiempo. A un santuario primitivo de finales del siglo iv y principios del v, fueron añadiéndose y remodelándose ambientes, desde el *diakonikon*-baptisterio del 531, hasta configurar la basílica del siglo vi y vii que contemplaba el adosamiento de nuevas capillas laterales, un nuevo *diakonikon*, un nuevo baptisterio (597-598) y la Capilla de la Theotokos en los primeros años del siglo vii (figs. 3 y 4).

La intervención arqueológica más destacable del equipo de Piccirillo en la diócesis de Madaba es, sin duda, la realizada en *Um er-Rasâs*, cuyo nombre antiguo es *Kastron Mefaa*. Se trata de un campamento fortificado por una muralla con altas torres cuadrangulares y un burgo desarrollado extramuros donde se sitúa el *Complejo de San Esteban*. A pesar de que numerosos viajeros del siglo pasado identificaron las ruinas de *Um er-Rasâs* y que el padre Bagatti realizó una planta esquemática de la ciudad con sus edificios cristianos dentro y fuera de la muralla, nadie había efectuado pesquisas arqueológicas con anterioridad (fig. 9).

El complejo consta de dos iglesias pavimentadas con mosaicos excepcionales (*l. del obispo Sergio* e *l. de San Esteban*), de un patio enlozado situado al sudoeste de las dos iglesias, convertido en iglesia añadiéndosele un presbiterio absidado, adosado a su vez al ábside poli-

⁴ COUNCEEL-VOÛTE, P., «La Carte de Madaba: Cosmographie, anachronisme et propagande», *RB*, 95-4 (1988), págs. 519-542.

gonal de una cuarta iglesia enlosada y sobre-elevada, existente en el área occidental del complejo. Piccirillo utiliza también aquí criterios epigráficos de las inscripciones de los mosaicos para fechar la construcción de las iglesias. La Iglesia del obispo Sergio la data en el 586 y, para la de San Esteban, como cuenta con dos inscripciones, una del 756 y otra del 785, la lleva a la segunda mitad del siglo VIII. El estrato de abandono de estas iglesias es rico en material omeya, aunque Piccirillo se lamenta de no poder precisar bien las fechas al no existir estudios cerámicos tipológicos para estas fechas tan tardías.

La conclusión más interesante que se desprende de *Um er-Rasâs* es que en la segunda mitad del siglo VIII descubrimos en el territorio jordano una comunidad cristiana organizada civil y eclesiásticamente, con musivaras que continúan la tradición local del mosaico, más de un siglo después de la victoria del Islam.

No podemos dejar de mencionar el programa iconográfico del mosaico que decora la Iglesia de San Esteban. Se trata de un nuevo mapa topográfico con 28 viñetas de ciudades de Palestina y Arabia, como los ya atestiguados en los mosaicos de Madaba, sobre todo en la Iglesia del Mapa. Piccirillo realiza un brillante análisis de estas representaciones urbanas y expone sugestivas hipótesis sobre su interpretación histórica.

Otro de los centros de actuación del equipo del padre Piccirillo es el Valle del Ayoun Mousa, donde iniciaron sendas excavaciones en el *Monasterio de Kayanos* y en la *Iglesia del diácono Tomás* (fig. 6), ambas sin haber sufrido remoción en sus unidades estratigráficas con anterioridad.

El *Monasterio de Kayanos* fue descubierto por casualidad mientras hacían obras en el patio de una casa, realizando una campaña de excavaciones desde 1984 a 1986, en la que salió a la luz los restos de un ambiente con doble pavimento musivo que Piccirillo interpreta como una iglesia adosada a un pequeño complejo monástico, interpretación que parece un tanto dudosa por cuanto el edificio no ha sido descubierto en su totalidad. Piccirillo realiza una exhaustiva descripción de los dos niveles de mosaico que contienen inscripciones, llevándolo a datar la primera iglesia en los primeros decenios del siglo VI, y la segunda, en la segunda mitad del mismo siglo. Concluye, además, que el abandono se produjo antes de la mitad del siglo VII, porque sólo aparecen formas cerámicas bizantinas y no las típicamente omeyas de los siglos VIII y IX. Resulta realmente lamentable que no haya podido presentarse la planimetría completa del edificio, y un intento de cotejar la evolución de los niveles de pavimentación en relación con la fábrica que los contiene, porque

tendríamos una importante aportación para el estudio de la arquitectura cristiana en esta zona. Por el momento, los resultados que presenta aquí Piccirillo son útiles únicamente para el estudio estilístico de los mosaicos y para la reconstrucción de los fastos episcopales de la diócesis de Madaba a través de la epigrafía.

La *Iglesia del diácono Tomás* la relaciona también Piccirillo con un pequeño *deir* porque tiene dos ambientes adosados a la pared meridional de la iglesia. La datación del estrato de abandono nos lleva de nuevo a época omeya. La falta de fechas anteriores para la construcción del edificio hace que los excavadores propongan una datación, por la comparación estilística del mosaico, entre el 540 y el 550.

El último complejo eclesiástico donde el equipo de Piccirillo inició la excavación, sin intervenciones anteriores, es la *Iglesia de En-Nittl*. Los trabajos han puesto al descubierto sólo la cabecera de la iglesia. Los niveles de abandono datan de época omeya tardía. Esperamos que las excavaciones arqueológicas se continúen y podamos contar pronto con la planimetría completa del edificio. Creemos, sin embargo, un error metodológico haber seccionado la parte de la cabecera y no optar por la excavación en extensión de toda la iglesia, ya que se trata de un ambiente unitario en sí mismo.

El resto de los complejos eclesiásticos del territorio de Madaba de los que da cuenta Piccirillo son conocidos ya por excavaciones antiguas y, como tales, son incorporadas en esta obra de síntesis. Cabe destacar la *Iglesia de la acrópolis de Ma'in*, excavada por Savignac y De Vaux, de la que el autor hace una interpretación de la cenefa geográfica de su mosaico; el *Complejo monástico de ed-Deir* (fig. 7), del que se hace una descripción exhaustiva; la *Iglesia de Dhibân*, excavada en los años cincuenta por una misión americana, y que consta de dos aulas basilicales y un baptisterio que no han sido totalmente excavados. Piccirillo acaba su periplo por tierras de la diócesis de Madaba mencionando la *Iglesia de los Santos Padres* que, situada en la zona de Abu Sarbût, fue trasladada piedra a piedra a la ciudad de Madaba.

Las conclusiones que cierran esta síntesis se ciernen en torno al desarrollo histórico de la diócesis de Madaba. Para los siglos IV y V sólo contamos con fuentes escritas como el relato de Egeria o la vida de Pedro el Ibero; a esta época Piccirillo hace corresponder las primitivas estructuras del *Memorial de Moisés* en el Nebo. Desde los últimos decenios del siglo V hasta la segunda mitad del siglo VIII, las inscripciones de los mosaicos de estas iglesias son prácticamente la única fuente de información histórica de la que disponemos. Su importancia ha permitido

reconstruir las listas episcopales de Madaba y, en algunos casos, la datación de algunos mosaicos. De 25 iglesias, 21 tienen un mosaico datable entre finales del siglo VI y primeros decenios del VII, frente a cuatro de época omeya. De ahí concluye Piccirillo que el gran momento de la edificación cristiana de Madaba corresponde al renacimiento justiniano.

Estos resultados, sin embargo, aunque no dejan de ser ciertos, deben tratarse con cierta prudencia. No podemos olvidar que se trata únicamente de mosaicos de unas iglesias que, en ocasiones, presentan dos y hasta tres niveles de pavimentación diferentes. No sabemos de qué manera se relacionan con los edificios que los contienen, ni tan solo si a cada pavimentación le corresponde una reforma del edificio. Es posible que cuando se finalice la enorme labor que está desempeñando el equipo de Piccirillo y nos ofrezcan las planimetrías completas de estos complejos eclesiásticos aparezcan más pruebas arqueológicas de lo que fue la diócesis de Madaba durante los siglos IV y V.

Pone fin a esta obra un apéndice dedicado a las formas cerámicas bizantinas y omeyas más frecuentes, en forma únicamente de láminas ilustrativas sin comentario alguno, ni sobre las piezas ni sobre las unidades estratigráficas de las iglesias donde aparecen. Y, como corolario, una exhaustiva bibliografía sobre Madaba y su territorio diocesano.

CRISTINA GODOY FERNÁNDEZ